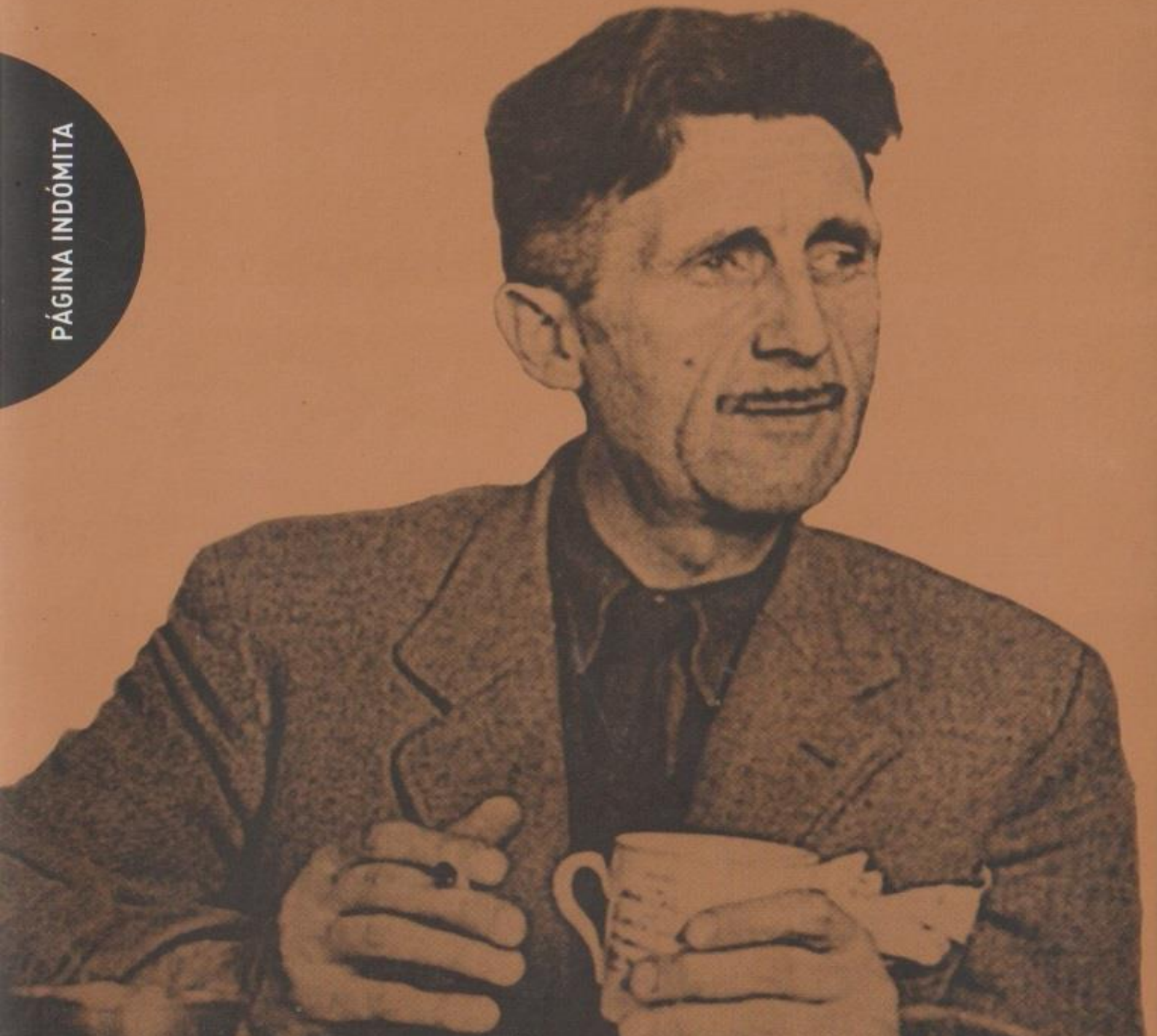
GEORGE ORWELL

La guerra civil española

Escritos escogidos



PÁGINA INDÓMITA

GEORGE ORWELL

LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

ESCRITOS ESCOGIDOS

Traducción de
Roberto Ramos Fontecoba

PÁGINA INDÓMITA

Títulos originales:
«Spilling the Spanish Beans»,
«Eye-Witness in Barcelona», «To Amy Charlesworth»,
«To Geoffrey Gorer», «Notes on the Spanish Militias»,
«Caesarean Section in Spain»,
«Looking Back on the Spanish War»
y «The Eight Years of War:
Spanish Memories»

© de la traducción, Roberto Ramos Fontecoba, 2025
© de la presente edición, PÁGINA INDÓMITA, S.L.U.
Providencia 114 bis, 4º 4ª. 08024 Barcelona
www.paginaindomita.com

Diseño de cubierta y composición: Ángel Uzkiano
Imagen de cubierta: Vernon Richards
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls
Primera edición: febrero de 2025

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-128187-8-9
Depósito legal: C-1915-2024

ÍNDICE

Prólogo del editor 9

La guerra civil española 17

Las verdades ocultas de la guerra de España 19
Testigo ocular en Barcelona 35
Carta a Amy Charlesworth 49
Carta a Geoffrey Gorer 55
Apuntes sobre las milicias españolas 61
La cesárea española 87
Una mirada retrospectiva a la guerra de España 95
Ocho años del comienzo de la guerra: recuerdos de España 135

Índice onomástico 139

PRÓLOGO DEL EDITOR

Recuerdo que en una ocasión le dije a Arthur Koestler: «La historia se detuvo en 1936». Y él asintió con la cabeza, entendiendo de inmediato a qué me refería. Ambos pensábamos en el totalitarismo en general, pero sobre todo en la guerra civil española. Siendo ya muy joven me había dado cuenta de que los periódicos nunca informan correctamente de ningún acontecimiento, pero en España, por primera vez, vi noticias periodísticas que no guardaban relación alguna con los hechos; no guardaban ni siquiera la relación implícita en una mentira corriente. Vi cómo se informaba sobre grandes batallas cuando no se había producido ningún combate, y un silencio total cuando cientos de hombres habían sido asesinados. Vi cómo tropas que habían luchado valientemente eran denunciadas como cobardes y traidoras, y cómo otras que jamás habían oído un disparo eran aclamadas por su heroicidad en victorias imaginarias; y vi cómo los periódicos de Londres vendían estas mentiras y cómo intelectuales entusiastas construían superestructuras emocionales sobre acontecimientos que jamás habían tenido lugar. De hecho, vi que la historia se escribía no en términos de lo que había sucedido sino

de lo que debería haber sucedido según las diversas «líneas de partido». [...]

Este tipo de cosas me parece aterrador, porque a menudo tengo la sensación de que el concepto mismo de verdad objetiva está desapareciendo del mundo. Al fin y al cabo, lo más probable es que esas mentiras, o al menos otras similares, pasen a la historia. [...] Entonces, a todos los efectos prácticos, la mentira se habrá convertido en verdad.

GEORGE ORWELL,
Una mirada retrospectiva a la guerra de España

Reunimos en este volumen los principales escritos que, junto a su clásico *Homenaje a Cataluña,* George Orwell dedicó a la guerra civil española, contienda en la que el autor participó brevemente, durante cerca de seis meses, y que dejó una huella indeleble en su compromiso político y su literatura.

Hacia finales de 1936, Orwell decidió viajar a España con objeto de reunir material para artículos periodísticos y otros escritos, y pensó «vagamente en participar en la lucha si valía la pena hacerlo».[1] Justo antes

1. «Apuntes sobre las milicias españolas». Véase, más adelante, p. 61.

de su partida, le informaron de que no podría cruzar la frontera a menos que tuviera credenciales de alguna organización de izquierdas, así que se puso en contacto con el Partido Comunista británico. Pero Harry Pollitt, líder del partido, le negó su ayuda. Nuestro autor probó entonces suerte con el Partido Laborista Independiente (ILP) y consiguió que su secretario general, Fenner Brockway, le diese una carta de recomendación para que se la entregase a John McNair, representante del ILP en Barcelona y afiliado del POUM.

Tras hacer las últimas revisiones de su libro *The Road to Wigan Pier,* Orwell parte hacia España el 23 de diciembre de 1936. Hace una breve parada en París, donde visita a su amigo Henry Miller antes de continuar el viaje hacia el sur en tren y cruzar finalmente la frontera española unos días más tarde. Una vez en Barcelona, echa un vistazo a las diversas tropas y decide unirse a las milicias, de manera que contacta John McNair y acaba en el POUM. (Según el propio autor, «en aquel momento apenas era consciente de las diferencias entre los partidos políticos, que habían sido ocultadas por la prensa inglesa de izquierdas. De haber comprendido perfectamente la situación, es probable que me hubiese unido a la milicia de la CNT».[2])

2. *Ibid.*, p. 63.

El escritor pasa la primera semana en los cuarteles Lenin, donde recibe una breve y deficiente instrucción, y a principios de 1937 parte con su centuria hacia el frente de Aragón. Allí permanece en Alcubierre (Huesca) hasta principios de febrero, cuando con el rango de cabo es destinado al contingente del ILP, que se halla a tan solo unos kilómetros y que a mediados de mes se suma al ejército que asedia Huesca.

Poco después Orwell recibe la visita de su mujer, Eileen O'Shaughnessy, quien ha viajado a España para trabajar en la oficina barcelonesa del ILP, y por esas mismas fechas nuestro autor es ingresado cerca de dos semanas en el hospital de Monflorite, a escasa distancia del frente, debido a que se le ha infectado una herida en la mano. A su vuelta participa en diversas operaciones militares antes de que se le conceda un permiso, que aprovecha para viajar a Barcelona.

Su intención es dejar la milicia del POUM y unirse a las Brigadas Internacionales para poder ir al frente de Madrid. Pero es entonces cuando tienen lugar los Sucesos de Mayo, que entre los días 3 y 8 enfrentan a grupos anarquistas y marxistas, por un lado, y el gobierno de la República, la Generalidad de Cataluña y socialistas y comunistas, por otro. Durante los combates callejeros, Orwell pasa la mayor parte del tiempo haciendo guardia en el edificio del Poliorama, junto a la sede del POUM.

Finalizada la lucha, el autor regresa al frente de Aragón, pero el día 20 del mismo mes de mayo es herido en la garganta por un francotirador. Tras ser llevado a varios hospitales, acaba de nuevo en Barcelona, en un sanatorio donde permanece dos semanas antes de volver al frente para recoger los documentos de su licencia militar.

Cuando Orwell regresa a Barcelona, el 20 de junio, el POUM ya ha sido declarado ilegal, y se ha desatado la purga de sus miembros, de modo que nuestro autor permanece oculto unos días en la ciudad hasta que él y su mujer logran huir en tren y, cruzando los Pirineos, llegan a Banyuls-sur-Mer, en la costa francesa, donde descansan unos días antes de volver a casa.

Una vez en Inglaterra, el autor comienza a plasmar su experiencia española en los diversos artículos aquí incluidos y en su clásico *Homenaje a Cataluña,* que verá la luz en 1938. Dicha experiencia marcará toda su producción escrita posterior, en especial sus célebres *Rebelión en la granja* y *1984.* Así lo señala él mismo en el ensayo «Por qué escribo», publicado en 1946:

> En una era pacífica, podría haber escrito libros de prosa ornamentada o meramente descriptiva, y podría haber vivido sin ser apenas consciente de mis lealtades políticas. Pero, tal como están las cosas, me he visto

obligado a convertirme en una especie de panfletista. Primero me pasé cinco años ejerciendo una profesión inapropiada (en la Policía Imperial India, en Birmania), y luego experimenté la pobreza y la sensación de fracaso. Esto incrementó mi odio natural a la autoridad y me hizo tomar plena conciencia de la existencia de las clases trabajadoras; además, el trabajo en Birmania me confirió cierta comprensión de la naturaleza del imperialismo. Pero estas experiencias no fueron suficientes para darme una orientación política precisa. [...]

La guerra en España y otros sucesos de 1936-1937 inclinaron la balanza, y desde entonces sé cuál es mi posición. Cada renglón de mis textos serios desde 1936 ha sido escrito, directa o indirectamente, contra el totalitarismo y a favor del socialismo democrático, tal como lo entiendo. En una época como la nuestra, me parece absurdo que uno piense que puede escribir eludiendo tales asuntos. Todo el mundo escribe sobre ellos de una forma u otra. La cuestión es simplemente de qué lado estás y qué enfoque adoptas. Y cuanto más consciente seas de tus sesgos políticos, más posibilidades tienes de actuar políticamente sin sacrificar tu integridad estética e intelectual.[3]

3. *Id.*, «Por qué escribo», en *El escritor y la política. Ensayos escogidos*, Página Indómita, Barcelona, 2023.

En la presente antología, ofrecemos al lector una nueva traducción al español de los textos que ya habían sido vertidos a nuestra lengua. Las notas, salvo allí donde se indica lo contrario, son del traductor y editor.

LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

LAS VERDADES OCULTAS DE LA GUERRA DE ESPAÑA

New English Weekly,
29 de julio y 2 de septiembre de 1937

I

Es probable que la guerra de España haya engendrado una sarta de mentiras mayor que la causada por cualquier otro acontecimiento desde la Gran Guerra de 1914-1918, pero dudo sinceramente, a pesar de todas esas hecatombes de monjas violadas y crucificadas ante los ojos de los reporteros del *Daily Mail,* que sean los periódicos profascistas los que más daño han hecho. Son los periódicos de izquierdas, el *News Chronicle* y el *Daily Worker,* con sus métodos de distorsión mucho más sutiles, los que han impedido que el público británico comprenda la verdadera naturaleza del conflicto.

El hecho que estos periódicos han ocultado tan cuidadosamente es que el gobierno español (incluido el gobierno semiautónomo catalán) tiene mucho más miedo a la revolución que a los fascistas. Ya es casi seguro que la guerra terminará con algún tipo de acuerdo, e incluso

hay motivos para dudar que el gobierno, que dejó caer Bilbao sin mover un dedo, quiera salir demasiado victorioso; pero de lo que no cabe duda alguna es de que está aplastando meticulosamente a los revolucionarios que hay en sus propias filas. Desde hace algún tiempo está en marcha un reinado del terror: supresión forzosa de los partidos políticos, censura asfixiante de la prensa, espionaje incesante y encarcelamientos masivos sin juicio. Cuando salí de Barcelona a finales de junio, las cárceles estaban abarrotadas; de hecho, las cárceles corrientes hacía ya tiempo que estaban desbordadas, de modo que los prisioneros eran hacinados en tiendas vacías y en cualquier otro vertedero temporal que se pudiera encontrar para ellos. Pero lo relevante es que las personas que están ahora en prisión no son fascistas, sino revolucionarios; están allí no porque sus opiniones sean demasiado de derechas, sino porque son demasiado de izquierdas. Y los responsables de que los hayan encerrado son esos terribles revolucionarios cuyo solo nombre hace que Garvin[1] se estremezca: los comunistas.

Mientras tanto, la guerra contra Franco continúa, pero exceptuando a los pobres diablos en las trincheras del frente, nadie en la España gubernamental piensa que

1. James Louis Garvin (1868-1947), periodista británico que era por entonces editor de *The Observer*.

esa sea la verdadera guerra. La verdadera lucha es la librada entre la revolución y la contrarrevolución; entre los trabajadores que intentan en vano conservar al menos algo de lo que ganaron en 1936 y el bloque liberal-comunista que con tanto éxito se lo está quitando. Es lamentable que muy poca gente en Inglaterra se haya dado cuenta de que el comunismo es ahora una fuerza contrarrevolucionaria; en todas partes, los comunistas están aliados con el reformismo burgués y emplean toda su poderosa maquinaria para aplastar o desacreditar a cualquier partido que muestre signos de tendencias revolucionarias. De ahí que resulte grotesco ver cómo los comunistas son atacados como malvados «rojos» por intelectuales de derechas que están esencialmente de acuerdo con ellos. El señor Wyndham Lewis,[2] por ejemplo, debería amar a los comunistas, al menos de manera temporal. Porque en España la alianza entre comunistas y liberales ha salido casi completamente victoriosa. De todo lo que los trabajadores españoles conquistaron en 1936 no queda nada sólido, salvo algunas granjas colectivas y cierta cantidad de tierra confiscada por los campesinos el año pasado; y es de suponer que incluso los campesinos serán sacrificados más tarde, cuando ya no

2. Percy Wyndham Lewis (1882-1957), pintor, escritor y crítico inglés.

sea necesario apaciguarlos. Para entender cómo se ha llegado a esta situación, hay que remontarse a los orígenes de la guerra civil.

La apuesta de Franco por el poder se diferencia de las de Hitler y Mussolini en que fue una insurrección militar, comparable a una invasión extranjera y, por lo tanto, carente de un respaldo masivo, aunque desde entonces Franco ha estado tratando de conseguirlo. Sus principales partidarios, aparte de ciertos sectores de la gran empresa, eran la aristocracia terrateniente y la enorme y parasitaria Iglesia. Pues bien, es obvio que un levantamiento de este tipo reunirá contra él a diversas fuerzas que no están de acuerdo en ningún otro punto. El campesino y el obrero odian el feudalismo y el clericalismo; pero también lo hace el burgués «liberal», que no se opone en absoluto a una versión más moderna del fascismo, al menos mientras no se llame fascismo. El burgués «liberal» es genuinamente liberal hasta el punto en el que concluyen sus propios intereses. Representa el grado de progreso implícito en la expresión *«la carrière ouverte aux talents»*.[3] Porque está claro que no tiene posibilidades de desarrollarse en una sociedad feudal donde el trabajador y el campesino son demasiado

3. «La carrera abierta al talento», fórmula atribuida a Napoleón.

pobres como para poder comprar bienes, donde la industria está sujeta a enormes impuestos con los que pagar las vestimentas de los obispos y donde cada empleo lucrativo se otorga por sistema al amigo o al catamito del hijo ilegítimo del duque. Por lo tanto, frente a un reaccionario tan descarado como Franco, se llega por un tiempo a una situación en la que los trabajadores y los burgueses, en realidad enemigos mortales, luchan codo a codo. Esta incómoda alianza se conoce como Frente Popular (o, en la prensa comunista, Frente del Pueblo, para darle un atractivo falsamente democrático). Es un híbrido con tanta vitalidad y tanto derecho a existir como un cerdo con dos cabezas o alguna otra monstruosidad de Barnum y Bailey.[4]

La contradicción implícita en el Frente Popular está destinada a hacerse manifiesta en cualquier emergencia seria. Porque incluso cuando los trabajadores y los burgueses luchan ambos contra el fascismo, no luchan por las mismas cosas; el burgués lucha por la democracia burguesa, es decir, por el capitalismo; el trabajador, en la medida en que comprenda el asunto, por el socialismo. Y en los primeros días de la revolución los trabajadores españoles entendieron muy bien la cuestión. En

4. En referencia al mayor circo estadounidense de la época, el *Ringling Brothers and Barnum & Bailey Circus*, de P. T. Barnum y J. A. Bailey.

las zonas donde el fascismo fue derrotado no se contentaron con expulsar a las tropas rebeldes de las ciudades; también aprovecharon la oportunidad para apoderarse de tierras y fábricas y sentar las difíciles bases de un gobierno obrero mediante comités locales, milicias obreras, fuerzas de seguridad, etc. Sin embargo, posiblemente porque la mayoría de los revolucionarios activos eran anarquistas y desconfiaban de todo parlamento, cometieron el error de dejar el control nominal al gobierno republicano. Y, a pesar de que este ha realizado varios cambios de personal, todos los gobiernos posteriores han tenido básicamente el mismo carácter reformista y burgués. Al principio ello parecía no importar, porque el gobierno, sobre todo en Cataluña, se hallaba casi impotente, y los burgueses tenían que ser discretos o incluso (como aún ocurría cuando llegué a España en diciembre) disfrazarse de trabajadores. Más tarde, cuando el poder pasó de las manos de los anarquistas a las de los comunistas y los socialistas de derecha, el gobierno pudo reafirmarse, la burguesía salió de su escondite y la antigua división de la sociedad en ricos y pobres reapareció sin grandes cambios. Desde entonces, todos los movimientos, salvo algunos dictados por una emergencia militar, han tenido como objetivo deshacer lo obrado en los primeros meses de la revolución. De los muchos ejemplos disponibles, mencionaré solo uno: la disolu-

ción de las antiguas milicias obreras, que estaban organizadas según un sistema genuinamente democrático, en el que oficiales y soldados recibían el mismo salario y se mezclaban en condiciones de completa igualdad; dichas milicias fueron sustituidas por el Ejército Popular (una vez más, en la jerga comunista, «Ejército del Pueblo»), modelado en la medida de lo posible según un ejército burgués ordinario, con una casta de oficiales privilegiados, inmensas diferencias salariales, etc. Huelga decir que esto es presentado como una necesidad bélica, y casi con certeza contribuye a la eficiencia militar, al menos durante un corto periodo. Pero el propósito indudable del cambio fue asestar un golpe al igualitarismo. En todas las áreas se ha seguido la misma política, con el resultado de que solo un año después del estallido de la guerra y la revolución lo que existe es en realidad un Estado burgués ordinario, pero con la adición de un reinado de terror con el que preservar el *statu quo*.

Este proceso probablemente no habría llegado tan lejos si la lucha hubiera podido llevarse a cabo sin injerencia extranjera. Pero la debilidad militar del gobierno lo hizo imposible. Frente a los mercenarios extranjeros de Franco, la República tuvo pedir ayuda a Rusia, y aunque la cantidad de armas suministradas por esta se ha exagerado (en mis primeros tres meses en España solo vi un arma rusa, una solitaria ametralladora), el

mero hecho de su llegada llevó a los comunistas al poder. Para empezar, los aviones y armas rusos, y las buenas cualidades militares de las Brigadas Internacionales (no necesariamente comunistas pero bajo control comunista), elevaron de manera inmensa el prestigio de dichos comunistas. Pero, lo cual es más importante, dado que Rusia y México eran los únicos países que suministraban abiertamente armas, los rusos no solo consiguieron cobrar por ellas, sino también ejercer la extorsión. Los términos, expresados en su forma más cruda, eran: «Aplastad la revolución o no tendréis más armas». La razón que se suele dar para la actitud de Rusia es que si esta era contemplada como cómplice de la revolución, entonces correría peligro el pacto franco-soviético (y la esperada la alianza con Gran Bretaña); también es posible que el espectáculo de una auténtica revolución en España provocase ecos no deseados en Rusia. Los comunistas, por supuesto, niegan que el gobierno ruso haya ejercido presión directa alguna. Pero esto, incluso si fuera cierto, es poco relevante, ya que se puede considerar que los partidos comunistas de todos los países ejecutan la política rusa; y es indudable que el Partido Comunista español, los socialistas de derecha bajo su control y la prensa comunista de todo el mundo han utilizado su inmensa y creciente influencia para inclinar la balanza del lado de la contrarrevolución.

II

En la primera parte del presente artículo he dicho que la verdadera lucha en España, en el bando gubernamental, ha sido una entre la revolución y la contrarrevolución; que el gobierno, aunque se ha preocupado lo suficiente por evitar ser derrotado por Franco, ha estado aún más preocupado por deshacer los cambios revolucionarios que acompañaron el estallido de la guerra.

Cualquier comunista rechazará esta afirmación como errónea o deliberadamente deshonesta. Dirá que es un disparate afirmar que el gobierno español ha aplastado la revolución, porque esa revolución nunca ha tenido lugar; y dirá también que nuestro cometido actual es derrotar al fascismo y defender la democracia. En este sentido, es de suma importancia ver cómo funciona la propaganda comunista antirrevolucionaria. Y es un error pensar que ello no tiene relevancia en Inglaterra, donde el Partido Comunista es pequeño y relativamente débil. Veremos su relevancia bastante pronto si Inglaterra sella una alianza con la URSS; o tal vez incluso antes, porque la influencia del Partido Comunista está destinada a aumentar —lo hace de manera visible— a medida que más y más miembros de la clase capitalista se den cuenta de que el comunismo actual les sigue el juego.

En términos generales, la propaganda comunista se basa en aterrorizar a la gente con los horrores (bastante reales) del fascismo. Implica también fingir —dar a entender sin demasiadas palabras— que el fascismo no tiene nada que ver con el capitalismo. Dicho fascismo es simplemente una especie de absurda maldad, una aberración, un «sadismo de masas», el tipo de cosa que sucedería si de repente abriéramos las puertas de un frenopático lleno de maníacos homicidas. Si uno presenta el fascismo de esta forma, podrá movilizar a la opinión pública contra él, al menos por un tiempo, sin provocar con ello ningún movimiento revolucionario. Es posible también contraponer el fascismo y la «democracia» burguesa, es decir, el capitalismo. Pero para ello hay que deshacerse del tipo molesto que señala que el fascismo y la «democracia» burguesa son hermanos gemelos. Para empezar, podemos tacharlo de visionario, acusarlo de no tener los pies en el suelo. Le diremos que tergiversa la cosas, que no hace sino dividir a las fuerzas antifascistas, que no es el momento de la cháchara revolucionaria: ahora toca luchar contra el fascismo sin preguntar demasiado por qué luchamos. Y si aun así se niega a callarse, cambiamos de estrategia y lo llamamos traidor. Para ser más precisos, lo llamamos trotskista.

Y ¿qué es un trotskista? Esta terrible palabra —en España hoy pueden encerrarte indefinidamente en la

cárcel, sin juicio, por el mero rumor de que eres trotskista— apenas comienza a circular en Inglaterra, pero acabaremos oyéndola más a menudo. El término «trotskista» (o «trotskofascista») suele emplearse en referencia a un fascista disfrazado, quien se hace pasar por ultrarrevolucionario para dividir a las fuerzas de izquierda. Pero el peculiar poder de esta expresión deriva del hecho de que significa tres cosas distintas: puede hacer referencia a alguien que, como Trotski, desea una revolución mundial; o bien a un miembro de la organización concreta que Trotski lidera (este es el único uso legítimo de la palabra); o bien al fascista disfrazado que acabo de mencionar. Cualquiera de las tres acepciones puede fundirse con otra a voluntad. La primera acepción puede o no implicar la segunda, y esta implica casi invariablemente la tercera. Así: «Se ha oído a X hablar favorablemente de la revolución mundial; por lo tanto, es trotskista, ergo es fascista». En España, y en cierta medida incluso en Inglaterra, cualquiera que profese el socialismo revolucionario (es decir, que profese las cosas que profesaba el Partido Comunista hasta hace unos años) está bajo sospecha de ser un trotskista a sueldo de Franco o de Hitler.

La acusación es muy sutil, porque en cualquier caso dado, a menos que uno sepa lo contrario, podría ser cierta. Es probable que un espía fascista se disfrace de

revolucionario. En España, de todo aquel cuyas opiniones están a la izquierda de las del Partido Comunista se descubre tarde o temprano que es trotskista, o al menos un traidor. Al comienzo de la guerra, el POUM, un partido comunista de oposición equivalente en gran medida a nuestro ILP (Partido Laborista Independiente), era una formación aceptada, hasta el punto de que proporcionó un ministro al gobierno catalán; más tarde, el partido fue expulsado del gobierno; luego se lo denunció como trotskista, y después se lo suprimió y se encarceló a todos los miembros que la policía pudo atrapar.

Hasta hace unos meses se decía que los anarcosindicalistas «trabajaban lealmente» al lado de los comunistas; luego se los expulsó del gobierno; más tarde pareció que no trabajaban con tanta lealtad, y ahora están en proceso de convertirse en traidores. Después llegará el turno de los socialistas de izquierda. Uno de ellos, Largo Caballero, quien fue presidente del Consejo de Ministros e ídolo de la prensa comunista hasta mayo de 1937, ya ha caído en desgracia: es un trotskista y un «enemigo del pueblo». Y así continúa el juego. El final lógico es un régimen en el que todos los partidos y periódicos de la oposición sean suprimidos y todo disidente de cierta relevancia acabe en la cárcel. Por supuesto, tal régimen será fascismo. No será el fascismo que impondría Franco, incluso será mejor en la medida en

que valdría la pena luchar por él, pero será fascismo, solo que, al estar dirigido por comunistas y liberales, se llamará de otra manera.

Mientras tanto, ¿se puede ganar la guerra? La influencia comunista ha operado en contra del caos revolucionario y, por consiguiente, dejando al margen la ayuda rusa, ha tendido a producir una mayor eficiencia militar. Si los anarquistas salvaron al gobierno de agosto a octubre de 1936, los comunistas lo han salvado a partir de entonces. Pero al organizar la defensa han matado el entusiasmo (en España, no fuera). Han hecho posible un ejército basado en el servicio militar obligatorio, pero también lo han hecho necesario. Es significativo que ya en enero de este año había cesado prácticamente el reclutamiento voluntario. Un ejército revolucionario puede a veces ganar por su entusiasmo, pero un ejército de reclutas forzosos tiene que ganar con armas, y es poco probable que el gobierno tenga alguna vez un gran predominio armamentístico a menos que Francia intervenga o que Alemania e Italia decidan largarse, llevándose las colonias españolas, y dejar a Franco en la estacada. En general, parece que lo más probable es que se llegue a un punto muerto.

¿Tiene el gobierno intenciones serias de ganar? Desde luego, no pretende perder. Pero una victoria absoluta, con Franco a la fuga y los alemanes e italianos

expulsados al mar, plantearía problemas difíciles, algunos de ellos demasiado obvios como para mencionarlos. Uno solo puede juzgar basándose en los hechos, pero, a pesar de la ausencia de pruebas al respecto, sospecho que lo que el gobierno busca es un acuerdo que dejaría la situación de la guerra esencialmente tal como está. Toda profecía se revela errónea en mayor o menor medida, como lo hará esta, pero me arriesgaré y diré que, si bien la guerra puede terminar pronto o prolongarse durante años, concluirá con una España dividida, ya sea según las fronteras actuales o por zonas económicas. Ciertamente, un acuerdo así podría ser reivindicado como una victoria por uno de los dos bandos, o por ambos.

Todo lo que he dicho en este artículo es un lugar común en España, incluso en Francia. Pero en Inglaterra, a pesar del enorme interés que ha despertado la guerra civil española, muy pocas personas han oído siquiera hablar de la enorme lucha que se libra tras las líneas republicanas. Sin duda, no es casualidad. Ha habido una conspiración bastante meditada (podría ofrecer detalles) para impedir que se comprenda la situación española. Personas que deberían tener más sensatez se han prestado al engaño, aduciendo que si se dice la verdad sobre España, dicha verdad será empleada como propaganda fascista.

Es fácil ver adónde conduce tal cobardía. Si al público británico se le hubiera ofrecido un relato veraz de la guerra civil española, habría tenido la oportunidad de aprender qué es el fascismo y cómo combatirlo. Dadas las circunstancias, se ha establecido con más firmeza que nunca la versión del *News Chronicle*, según la cual el fascismo es una especie de manía homicida propia de oficiales militares a la vieja usanza que causan alboroto en un vacío económico. Y así, estamos un paso más cerca de la gran guerra «contra el fascismo» («contra el militarismo», se dijo en 1914) que permitirá que el fascismo, en su variedad británica, nos subyugue en menos de una semana.

TESTIGO OCULAR EN BARCELONA

Controversy, The Monthly Socialist Forum,
Vol. I, n.º 11, agosto de 1937

El presente escrito sobre lo ocurrido en Barcelona en las Jornadas de Mayo de 1937 y la ilegalización del POUM al mes siguiente vio la luz en Controversy *tras ser rechazado por el* New Statesman. *Se publicó también, como «J'ai été témoin à Barcelone...» (traducción de Yvonne Davet), en* La Révolution Prolétarienne: Revue Bimensuelle Syndicaliste Révolutionnaire, *n.º 255, 25 de septiembre de 1937.*

I

Mucho se ha escrito ya sobre los disturbios de mayo en Barcelona, y los hechos principales han sido descritos en detalle por Fenner Brockway en *The Truth about Barcelona,* un folleto que hasta donde se me alcanza es completamente fidedigno. Por lo tanto, creo que lo más útil que puedo hacer aquí, en mi calidad de testigo ocu-

lar, es añadir algunas observaciones sobre varios de los puntos más controvertidos.

En primer lugar, en lo que atañe a la finalidad, si es que tenía alguna, de la llamada rebelión, se ha afirmado en la prensa comunista que todo fue una tentativa cuidadosamente preparada de derrocar al gobierno, e incluso de entregar Cataluña a los fascistas provocando una intervención extranjera en Barcelona. Esta segunda parte de la afirmación es tan ridícula que casi huelga refutarla. Si el POUM y los anarquistas de izquierda estaban realmente aliados con los fascistas, ¿por qué las milicias del frente no optaron por marcharse y dejar un agujero en primera línea? ¿Y por qué los transportistas de la CNT, a pesar de la huelga, siguieron enviando suministros al frente? No puedo decir con certeza que no hubiera una clara intención revolucionaria en las mentes de unos pocos extremistas, sobre todo los leninistas bolcheviques (generalmente llamados trotskistas), cuyos panfletos se repartieron en las barricadas. Pero sí puedo afirmar que los miembros de base tras las barricadas nunca, ni por un instante, pensaron que participaban en una revolución. Todos pensamos que no hacíamos más que defendernos ante un intento de golpe de Estado por parte de la Guardia de Asalto,[1] que había tomado por la

1. Orwell pensó en su momento que se trataba no de la Guardia de Asalto, sino de la Guardia Civil, que es la que aparece mencionada

fuerza la Central Telefónica y podía apoderarse de algunos edificios más de los trabajadores si no nos mostrábamos dispuestos a luchar. Mi interpretación de la situación, derivada de lo que la gente realmente hacía y decía en ese momento, es la que sigue.

Los trabajadores se echaron a las calles en un movimiento defensivo espontáneo, y solo buscaban dos cosas: la devolución de la Central Telefónica y el desarme de los odiados guardias. A ello se sumaba el resentimiento provocado por la creciente pobreza en Barcelona y la vida lujosa que llevaba la burguesía. Ahora bien, es probable que aquello hubiese concluido con el derrocamiento del gobierno catalán de haber existido un líder capaz de aprovechar la situación. Parece haber consenso en que al tercer día los trabajadores estaban en condiciones de tomar el control de la ciudad; ciertamente, los guardias de asalto estaban muy desmoralizados y se rendían en gran número. Y aunque el gobierno de Valencia podía enviar tropas frescas para aplastar a los trabajadores (envió a 6000 guardias cuando terminaron los combates), no podía mantener esas tropas en Barcelona si los trabajadores del transporte decidían no abastecerlas. Pero lo cierto es que no existía ningún li-

---

en la versión original tanto del presente artículo como de *Homenaje a Cataluña*. Tras darse cuenta de su error, dio instrucciones para que se corrigiese en las ediciones posteriores de la obra.

derazgo revolucionario firme. Los dirigentes anarquistas repudiaron todo aquello y dijeron «Volved al trabajo», mientras que los líderes del POUM actuaron con indecisión. Las órdenes que dichos líderes nos enviaron a las barricadas del POUM eran que apoyásemos a la CNT, pero que no disparásemos a menos que se abriese fuego contra nosotros o se atacaran nuestros edificios. (A mí me dispararon varias veces, pero no respondí.) En consecuencia, a medida que escaseaba la comida, los trabajadores comenzaron a regresar al trabajo; y, por supuesto, una vez que se habían dispersado y ya no constituían un peligro, comenzaron las represalias contra ellos.

Cuestión distinta es si se debería haber aprovechado la ocasión revolucionaria. Hablando únicamente por mí, diré que no. Para empezar, es dudoso que los trabajadores hubieran podido mantener el poder más de unas pocas semanas; además, aquello bien podría haber significado perder la guerra contra Franco. Por otra parte, la acción esencialmente defensiva de los trabajadores estaba por completo justificada; con o sin guerra, tenían derecho a defender lo que habían conquistado en julio de 1936. Puede ser, claro está, que la revolución finalmente se echase a perder en esos pocos días de mayo. Pero sigo pensando que fue mejor, solo un poco mejor, perder la revolución que perder la guerra.

En segundo lugar, en cuanto a los involucrados en lo sucedido, la prensa comunista pretendió hacer creer, casi desde el principio, que la «rebelión» era obra exclusiva o casi exclusiva del POUM —con la ayuda de «unos cuantos vándalos irresponsables», según el *Daily Worker* de Nueva York—. Cualquiera que se hallase en Barcelona en ese momento sabe que esto es absurdo. La enorme mayoría de quienes estaban tras las barricadas eran simples trabajadores ligados a la CNT. Y este punto es importante, porque el POUM ha servido de chivo expiatorio de los disturbios de mayo, tras los cuales ha sido suprimido; los cuatrocientos o más simpatizantes de la formación que se hallan encerrados hoy en las sucias y malsanas cárceles de Barcelona están allí por su supuesta participación en los hechos. Así pues, vale la pena señalar dos buenas razones por las que el POUM no fue ni pudo ser el principal impulsor. En primer lugar, es un partido muy pequeño. Si a sus miembros les sumamos a los milicianos de permiso y los simpatizantes de todo tipo, sus efectivos en las calles no podían llegar ni a los diez mil (probablemente ni siquiera a los cinco mil); y es obvio que los disturbios involucraron a decenas de miles de personas. En segundo lugar, hubo una huelga general o casi general que duró varios días; pero el POUM, como tal, no tenía poder para convocar una huelga: esta no podría haberse producido si las bases de la CNT no lo hu-

biesen querido. En cuanto a los implicados en el otro bando, el *Daily Worker* de Londres afirmó de manera insensata en una de sus ediciones que el «levantamiento» había sido reprimido por el Ejército Popular. Todo el mundo en Barcelona sabía, como debería haberlo sabido el *Daily Worker*, que el Ejército Popular permaneció neutral y las tropas siguieron acuarteladas durante los disturbios. Algunos soldados, sin embargo, participaron a título individual; vi a un par de ellos en las barricadas del POUM.

En tercer lugar, en cuanto a los arsenales de armas que supuestamente tenía el POUM en Barcelona, la historia se ha repetido con tanta frecuencia que incluso un observador generalmente crítico como H. N. Brailsford la ha aceptado sin ninguna investigación y ha hablado de los «tanques y cañones» que la formación habría «robado en los arsenales del gobierno» *(New Statesman,* 22 de mayo). En realidad, el POUM estaba lamentablemente armado, en el frente y en la retaguardia. Durante las luchas callejeras estuve en los tres principales bastiones de la formación: la sede ejecutiva, la sede del comité local y el Hotel Falcón. Vale la pena detallar qué armas había en esos edificios: eran en total unos 80 fusiles, algunos de ellos defectuosos, además de algunas armas obsoletas de diversos modelos, todas inservibles porque no había cartuchos para ellas; la munición de fusil ron-

daba los 50 cartuchos para cada arma; no había ametralladoras, ni pistolas, ni munición de pistola; teníamos algunas granadas de mano, pero nos las había enviado la CNT una vez comenzados los combates. Más tarde, un oficial de alto rango de la milicia me dijo que, a su juicio, el POUM tenía en Barcelona alrededor de ciento cincuenta fusiles y una ametralladora. Esto apenas era suficiente para abastecer a los guardias armados que por entonces todos los partidos, tanto el POUM como el PSUC y la CNT-FAI, empleaban en sus principales sedes. Habrá quien diga que incluso durante los disturbios de mayo el POUM ocultó sus armas, pero, en ese caso, ¿qué hay de la afirmación de que tales disturbios consistieron en un levantamiento del POUM destinado a derrocar al gobierno?

En realidad, el mayor culpable de tener en la retaguardia un arsenal necesario en el frente es, con diferencia, el propio gobierno. La infantería en el frente de Aragón estaba mucho peor armada de lo que lo está nuestro Cuerpo de Formación de Oficiales Universitarios británico, pero los cuerpos de retaguardia, esto es, la Guardia Civil, la Guardia de Asalto y el Cuerpo de Carabineros, que eran todos ellos empleados para «preservar el orden» (es decir, para intimidar a los trabajadores), estaban armados hasta los dientes. Las tropas del frente de Aragón disponían de viejos fusiles Mauser, que solían

encasquillarse tras cinco disparos, y de aproximadamente una ametralladora por cada cincuenta hombres y una pistola o revólver por cada treinta. Estas armas, tan necesarias en la guerra de trincheras, no eran suministradas por el gobierno y solo podían comprarse ilegalmente y con la mayor dificultad. En cambio, los guardias de asalto estaban armados con flamantes fusiles rusos; además, a cada uno se le había entregado una pistola automática y tenían una metralleta por cada diez o doce hombres. Estos hechos hablan por sí solos: es obvio que un gobierno que envía al frente a quinceañeros con fusiles de cuarenta años de antigüedad y mantiene a sus hombres más curtidos y sus armas más modernas en la retaguardia teme más la revolución que a los fascistas. De ahí la débil política bélica de los últimos seis meses, y de ahí que la guerra seguramente concluya con una solución negociada.

II

Cuando el POUM, la oposición de izquierdas (llamada trotskista) del comunismo español, fue suprimido el 16-17 de junio, el hecho en sí no sorprendió a nadie. Desde principios de mayo, o incluso desde febrero, era evidente que sería «liquidado» si los comunistas encontraban

la ocasión. Pero lo repentino de la acción represiva, y la mezcla de traición y brutalidad con la que se llevó a cabo, cogió a todos, incluso a los líderes, completamente desprevenidos.

El partido fue suprimido bajo la acusación, repetida durante meses en la prensa comunista, aunque nadie en España se la tomó en serio, de que sus líderes estaban a sueldo de los fascistas. El 16 de junio Andreu Nin, líder del partido, fue arrestado en su oficina. Esa misma noche, antes de que se emitiese proclama alguna, la policía irrumpió en el Hotel Falcón —una especie de pensión mantenida por el POUM y empleada sobre todo por milicianos de permiso— y arrestó a todos los que estaban allí, sin ningún cargo en particular. A la mañana siguiente, la formación fue declarada ilegal y la policía se apoderó de todos sus edificios, no solo oficinas, librerías, etc., sino también bibliotecas y sanatorios para heridos. A los pocos días, los cuarenta miembros de su Comité Ejecutivo o casi todos habían sido detenidos. Uno o dos que lograron esconderse se vieron obligados a entregarse, pues las autoridades se valieron del recurso, tomado de los fascistas, de apresar a sus esposas como rehenes. Nin fue trasladado a Valencia y de allí a Madrid, y juzgado por vender información militar al enemigo. Huelga decir que las habituales «confesiones», como las misteriosas cartas escritas con tinta invisible y otras

«pruebas», aparecieron con tal profusión que todo hace pensar que fueron preparadas de antemano. Ya el 19 de junio llegó a Barcelona, vía Valencia, la noticia de que Nin había sido fusilado. Esperamos que la información sea falsa, pero es obvio que el gobierno de Valencia se verá obligado a fusilar a varios líderes del POUM si quiere que las acusaciones sean tomadas en serio.[2]

Mientras tanto, las bases del partido, no solo sus miembros sino también los milicianos, los simpatizantes y los apoyos de todo tipo del POUM, fueron encarcelados tan rápido como la policía logró ponerles las manos encima. Quizá es imposible disponer de cifras exactas, pero hay motivos para pensar que durante la primera semana se produjeron 400 detenciones solo en Barcelona; ciertamente, las cárceles estaban tan llenas que un gran número de prisioneros tuvieron que ser confinados en tiendas y otros vertederos temporales. Hasta donde pude descubrir, en los arrestos no se hizo discriminación alguna entre quienes habían estado involucrados en los disturbios de mayo y quienes no. De hecho, la proscripción del POUM tuvo carácter retros-

2. Según Paul Preston *(La guerra civil española)*, entre otros, Nin fue secuestrado por agentes rusos, quienes lo llevaron a una casa de Alcalá de Henares, donde se lo interrogó y se lo torturó brutalmente antes de asesinarlo. La operación habría sido ordenada por Aleksandr Orlov, el enlace en España de la policía secreta soviética.

pectivo; el partido ahora era ilegal y, por lo tanto, uno violaba la ley por el mero hecho de haber pertenecido alguna vez a él. La policía llegó incluso a detener a los heridos en los sanatorios; entre los prisioneros de una de las cárceles vi, por ejemplo, a dos conocidos míos a los que les habían amputado una pierna; y a un crío de no tendría más de doce años.

Hay que recordar además lo que supone ser encarcelado en España en estos momentos. Al espantoso hacinamiento, las condiciones insalubres, la falta de luz y aire y la comida asquerosa de las cárceles temporales, hay que añadir la ausencia total de todo lo que llamaríamos garantías jurídicas. Por ejemplo, no tiene sentido apelar al *habeas corpus*. Según la ley vigente, o al menos según las prácticas actuales, pueden encarcelarte por tiempo indefinido no solo sin ser juzgado sino incluso sin que te hayan acusado; y hasta que se presenten cargos contra ti las autoridades pueden, si así lo desean, mantenerte *«incomunicado»* —es decir, sin derecho a tener contacto alguno con un abogado o cualquier otra persona del mundo exterior—. Es fácil ver qué valor tienen las «confesiones» obtenidas en tales circunstancias. Y la situación es aún peor para los prisioneros más pobres, porque el Socorro Rojo del POUM, que suele proporcionar asesoramiento jurídico a los presos, ha sido suprimido junto con las demás instituciones del partido.

Pero quizá lo más odioso de todo este asunto es el hecho de que todas las noticias de lo sucedido fueron deliberadamente ocultadas —sin duda durante cinco días, y creo que durante más tiempo— a las tropas en el frente de Aragón. Dio la casualidad de que yo estuve en el frente del 15 al 20 de junio. Tenía que verme con una comisión médica, de modo que pasé por varios pueblos tras las líneas: Siétamo, Barbastro, Monzón, etc. En todos estos lugares, los cuarteles generales de la milicia del POUM, así como sus centros de Socorro Rojo y similares, funcionaban con completa normalidad; incluso en Lérida (a solo unos 175 kilómetros de Barcelona), y tan tarde como el 20 de junio, nadie tenía noticias de que el POUM hubiese sido suprimido. Toda información al respecto se había evitado en los periódicos de Barcelona, aunque por supuesto los periódicos de Valencia (que no llegan al frente de Aragón) no dejaban de hablar con indignación de la «traición» cometida por Nin. Junto con otras personas, viví la desagradable experiencia de regresar a Barcelona y descubrir que el POUM había sido prohibido en mi ausencia. Por fortuna, me alertaron justo a tiempo y logré escabullirme, pero otros no tuvieron tanta suerte. Todo miliciano del POUM que regresaba del frente en esos momentos tenía que escoger entre esconderse o ir directamente a la cárcel —todo un recibimiento después de tres o cuatro meses en primera lí-

nea—. El motivo de todo esto es obvio: la ofensiva sobre Huesca acababa de comenzar, y es de suponer que el gobierno temía que los milicianos del POUM se negasen a luchar si descubrían lo que estaba ocurriendo. En realidad, no creo que la lealtad de la milicia se hubiera visto afectada; y aquellos hombres tenían derecho a saber la verdad. Hay algo indeciblemente sórdido en el hecho de que se los enviase a la batalla —cuando salí de Siétamo comenzaba la lucha y los primeros heridos se tambaleaban en las ambulancias que recorrían aquellos caminos infernales— y al mismo tiempo se les ocultase que en la retaguardia estaban reprimiendo a su partido, denunciando a sus líderes como traidores y encarcelando a sus amigos y sus familiares.

El POUM era con diferencia el más pequeño de los partidos revolucionarios, y su supresión afecta, en términos comparativos, a unas pocas personas. Es muy probable que el saldo final de la represión sea una veintena de fusilados o condenados a largas penas de prisión, unos cuantos centenares de hombres con las vidas destrozadas y unos cuantos miles de perseguidos durante un tiempo. Pero la supresión del partido tiene una relevancia sintomática. Para empezar, debería dejar claro en el exterior lo que ya era obvio para muchos observadores en España, que el actual gobierno tiene más puntos de parecido con el fascismo que de diferencia. (Esto no

significa que no valga la pena luchar por dicho gobierno contra el fascismo más descarado de Franco y Hitler. Llegados al mes de mayo, yo mismo había captado ya la tendencia fascista del gobierno, pero aun así estaba dispuesto a volver al frente, y lo hice.) En segundo lugar, la eliminación del POUM advierte del inminente ataque a los anarquistas. Estos son el verdadero enemigo a quien los comunistas temen, como nunca temieron a un POUM insignificante en términos numéricos. Los líderes anarquistas han tenido una demostración de los métodos que probablemente se empleen contra ellos; la única esperanza para la revolución, y quizá para la victoria en la guerra, es que aprendan la lección y se preparen para defenderse.

CARTA A
AMY CHARLESWORTH
1 de agosto de 1937[1]

The Stores, Wallington, cercanías de Baldock, Herts

Estimada señorita Charlesworth:

Me temo que una vez más he tardado mucho en responderle. Mi única excusa es que he estado muy ocupado durante el mes transcurrido desde mi regreso de España, y hace poco que he recuperado la salud. Mi última dolencia y España solo están relacionadas de manera indirecta: cuando estaba en el frente se me infectó una mano, y la infección ha reaparecido después, pero ahora estoy bien; en cuanto a la herida que sufrí, fue la de una bala que me atravesó el cuello; ya está curada, dejando al margen la pérdida parcial de la voz.

Me pregunta usted por la situación en España y si los rebeldes no tenían motivos justificados. Yo no osaría

1. Publicada en Peter Davison (ed.), *The Complete Works of George Orwell. Vol. XI: Facing unpleasant facts, 1937-1939*, Secker & Warburg, Londres, 1998.

decir que no tenían motivo alguno en absoluto, a menos que pensemos que nunca está justificado rebelarse contra un gobierno legalmente establecido, cosa que en la práctica nadie cree. En términos generales, diría que los rebeldes defienden dos cosas que son más o menos contradictorias; porque por supuesto, el bando franquista, al igual que el gubernamental, está formado por diversos partidos que a menudo pelean de manera enconada entre ellos. Por un lado, defienden una forma anterior de sociedad, el feudalismo, la Iglesia católica romana, etc., y, por otro lado, el fascismo, que supone una forma de gobierno sumamente centralizada, en la que todo está reglamentado de forma estricta; un forma de gobierno que comparte ciertas características con el socialismo, en el sentido de que implica la supresión de buena parte de la propiedad y la empresa privadas, pero siempre en última instancia en interés de los grandes capitalistas, de modo que es completamente opuesta al socialismo. Me opongo sin reservas a ambas ideas, pero es justo decir que las dos tienen sus justificaciones. Algunos escritores católicos, como Chesterton y Christopher Dawson, pueden presentar argumentos muy atractivos, aunque no convincentes desde el punto de vista lógico, a favor de una forma más antigua de sociedad. No diría que hay argumentos a favor del fascismo en sí, pero creo que muchos fascistas, a título individual, tienen sus

motivos. He hablado mucho sobre esto en mi último libro. En general, diría que el fascismo ejerce un gran atractivo sobre ciertas personas sencillas y decentes que realmente quieren que se haga justicia a la clase trabajadora, pero que no comprenden que los grandes capitalistas los están utilizando como herramientas. Sería absurdo pensar que todo hombre alineado con el bando franquista es un demonio. Pero aunque quizá se hayan exagerado las atrocidades fascistas, algunas de ellas sin duda ocurrieron, y creo que podemos albergar la certeza de que el gobierno está librando la guerra con mayor humanidad que los fascistas, incluso hasta el punto de desaprovechar oportunidades militares —por ejemplo, al no estar dispuesto a bombardear poblaciones donde hay civiles.

Mientras tanto, en la zona gubernamental la situación es muy complicada, y están sucediendo cosas terribles que no se cuentan en los periódicos ingleses y que no puedo explicar adecuadamente sin alargar esta carta hasta convertirla en un opúsculo. Quizá pueda resumirlo así: la guerra española no es solo una guerra, sino una revolución. Cuando estalló la rebelión fascista, los trabajadores de varias de las grandes ciudades, especialmente en Cataluña, no solo derrotaron a los fascistas locales, sino que aprovecharon la oportunidad para apoderarse de tierras, fábricas, etc., y establecer una forma

tosca de gobierno obrero. Desde entonces, sobre todo desde diciembre del año pasado, la verdadera lucha del gobierno español es aquella para aplastar la revolución y hacer que las cosas vuelvan a ser como antes. A estas alturas ya ha tenido éxito en mayor o menor grado, y se ha puesto en marcha un espantoso reino de terror contra todos los que sean sospechosos de tener inclinaciones genuinamente revolucionarias. Esto es algo difícil de entender para los ingleses, puesto que el Partido Comunista español, al que estamos acostumbrados a considerar revolucionario, ha sido el principal impulsor del asunto y ahora está más o menos a cargo del gobierno, aunque no oficialmente, y dirige el reinado del terror. Este ya había comenzado cuando salí de España el 23 de junio. El partido en cuya milicia yo había servido, el POUM, fue suprimido, y toda persona relacionada con él a la que la policía pudo echar mano, incluidos los heridos en los sanatorios, fue encarcelada sin ningún tipo de juicio. Yo tuve la suerte de poder salir del país, pero muchos de mis amigos y conocidos siguen en la cárcel, y por desgracia hay un gran temor de que algunos de ellos sean fusilados, no por ningún delito concreto sino por su oposición al Partido Comunista. Si desea usted conocer la verdad sobre lo que ocurre en España, el único periódico en el que puede confiar es el *New Leader*. Y, si lo encuentra, puede leer un excelente libro recién

publicado: *The Spanish Cockpit*, de Franz Borkenau. Sus últimos capítulos resumen la situación mucho mejor de lo que yo podría hacerlo.

Parece que al final la carta se ha alargado bastante. Me disculpo por este sermón sobre España; lo que presencié allí me ha perturbado tanto que le hablo y escribo sobre ello a todo el mundo. Por supuesto, estoy escribiendo también un libro sobre el asunto. Supongo que saldrá el próximo mes de marzo.

Atentamente,

Eric Blair (George Orwell)

P. D.: Podría haberle dicho antes que George Orwell es solo un seudónimo. Me encantaría que nos viésemos algún día; parece usted la clase de persona con la que me gusta tratar, pero a saber cuándo estaré en esa parte del mundo. Conservo su dirección. Avíseme si algún día se muda más cerca de Londres.

CARTA A GEOFFREY GORER
15 de septiembre de 1937[1]

The Stores, Wallington, cercanías de Baldock, Herts

Querido Geoffrey:[2]

Muchas gracias por tu carta. Me alegro de que estés disfrutando de Dinamarca, aunque confieso que se trata de uno de los pocos países que nunca me he planteado visitar. Te llamé cuando estuve en la ciudad, pero obviamente no estabas. Veo que volverás alrededor del día 24. Nosotros estaremos aquí hasta el 10 de octubre y luego iremos a Suffolk para quedarnos en casa de mis padres unas semanas. Si tienes un hueco entre el 24 y el 10 y nos avisas, puedes pasarte por aquí y quedarte unos días. Podremos alojarte sin ningún problema.

1. Publicada en Sonia Orwell e Ian Angus (eds.), *The Collected Essays, Journalism and Letters of George Orwell, Harcourt, Brace & World,* Nueva York, 1968.

2. Geoffrey Gorer (1905-1985) fue un escritor y antropólogo británico que se hizo amigo de Orwell tras leer su novela *Los días de Birmania.*

Cuando dices que no debemos abrir la puerta a los fascistas mediante las disensiones internas, estás en lo cierto, siempre y cuando tengamos claro qué entendemos por fascismo y también quién o qué impide que permanezcamos unidos. Ciertamente, la cháchara frentepopulista proveniente de la prensa y el partido comunistas, de Gollancz y su nómina de gacetilleros, etc., equivale a decir que se está a favor del (potencial) fascismo británico por oposición al fascismo alemán. Lo que pretenden es que el imperialismo capitalista británico se alíe con la URSS y, por consiguiente, entre en guerra con Alemania. Claro está, fingen piadosamente que no quieren que llegue dicha guerra; sostienen que una alianza franco-británico-rusa puede evitar el conflicto, gracias al viejo equilibrio de poder. Pero ya sabemos a qué condujo el equilibrio de poder la última vez y, en cualquier caso, es obvio que las naciones se están armando con la intención de combatir. Las tonterías frentepopulistas se reducen a esto: cuando llegue la guerra, los comunistas, los laboristas, etc., en lugar de trabajar para detener la guerra y derrocar al gobierno, estarán de su lado, siempre que el gobierno esté en el lado «correcto», es decir, contra Alemania. Pero cualquiera que tenga un poco de imaginación puede prever que tan pronto como comience la guerra nos impondrán el fascismo, aunque por supuesto no se lo llamará así. De

modo que tendremos un fascismo en el que participarán los comunistas, y en el que desempeñarán un papel importante si estamos aliados con la URSS. Eso es lo que ha pasado en España. Después de lo que he presenciado allí, he llegado a la conclusión de que es inútil ser «antifascista» si al mismo tiempo se intenta preservar el capitalismo. Al fin y al cabo, el fascismo no es más que un desarrollo del capitalismo, e incluso la democracia más moderada, por así llamarla, es susceptible de convertirse en fascismo cuando las cosas se ponen feas. Nos gusta contemplar Inglaterra como un país democrático, pero nuestro gobierno en la India, por ejemplo, es tan terrible como el fascismo alemán, aunque en el exterior pueda resultar menos irritante. No veo cómo oponerse al fascismo si no es trabajando por el derrocamiento del capitalismo, y comenzando por supuesto por nuestro propio país. Si se colabora con un gobierno capitalista e imperialista en una lucha «contra el fascismo», es decir, contra un imperialismo rival, no se hace otra cosa que permitir que el fascismo se cuele por la puerta trasera. Toda la lucha en España, en la zona gubernamental, así lo confirma. Los partidos revolucionarios, es decir, los anarquistas, el POUM, etc., querían consumar la revolución, mientras que los demás querían luchar contra los fascistas en nombre de la «democracia» y, sin duda, reintroducir el capitalismo tan pronto como se sintieran lo

suficientemente seguros de su posición y hubiesen engañado a los trabajadores para que entregaran las armas. Lo grotesco, algo que muy pocos han comprendido fuera de España, es que los comunistas son los que están más a la derecha, y ansían incluso más que los liberales perseguir a los revolucionarios y acabar con todas las ideas revolucionarias. Por ejemplo, han logrado desmantelar las milicias obreras, que se basaban en los sindicatos y en las que todos los rangos recibían el mismo salario y operaban en condiciones de igualdad, y las han sustituido por un ejército de corte burgués, donde un coronel cobra ocho veces más que un soldado raso, etc. Por supuesto, todos estos cambios se han llevado a cabo en nombre de la necesidad militar y agitando el espantajo del trotskismo: todo el que profese principios revolucionarios es acusado de trotskista pagado por los fascistas. Así, la prensa comunista española ha afirmado que Maxton[3] está a sueldo de la Gestapo. Si muy poca gente comprende lo que ha sucedido en España, es porque los comunistas ejercen el dominio de nuestra prensa. Dejando al margen sus propios periódicos, tienen de su lado a toda la prensa capitalista antifascista (periódicos como el *News Chronicle),* porque esta se ha dado cuenta de que el comunismo oficial es ahora antirrevo-

3. James Maxton (1885-1946), político británico que lideraba el ILP.

lucionario. El resultado es que han sido capaces de difundir una cantidad inaudita de mentiras y es casi imposible conseguir que alguien publique algo que las contradiga. Las noticias sobre de los disturbios de mayo en Barcelona, en los que tuve la desgracia de verme involucrado, son las mayores mentiras que he leído jamás. Por cierto, el *Daily Worker* me ha estado acosando con sus asquerosas calumnias, llamándome profascista y cosas por el estilo; tuve que pedirle a Gollancz[4] que los hiciera callar, y lo hizo, aunque supongo que no de muy buena gana. Por extraño que parezca, todavía tengo contratada la publicación de varios libros con él, aunque se negó a publicar el que tengo en marcha sobre España, antes incluso de que yo escribiera una sola palabra.

Me gustaría mucho conocer a Edith Sitwell[5] en alguna ocasión en la que yo vuelva a la ciudad. Me sorprendió enormemente saber que había oído hablar de mí y que le gustaban mis libros. Creo que nunca he tenido gran interés en su poesía, pero me gustó mucho su biografía de Pope.

Intenta pasarte por aquí y quedarte unos días. Espero que ya estés mejor de la garganta.

Afectuosamente,

Eric

4. Victor Gollancz (1893-1967) era entonces editor de Orwell.
5. Edith Sitwell (1887-1964), poeta y crítica literaria británica.

APUNTES SOBRE LAS MILICIAS ESPAÑOLAS (¿1939?)[1]

Estos apuntes se refieren tan solo a la milicia del POUM, excepcional debido a la lucha política interna en Cataluña, pero, en lo que atañe a su composición real y otras cuestiones, probablemente no muy distinta de las otras milicias que había en ese territorio en el primer año de la guerra. (N. del A.)

Me uní a la milicia del POUM a finales de 1936. Las circunstancias por las que me uní a ella y no a alguna otra milicia fueron las que siguen. Había planeado ir a España a fin de reunir material para artículos periodísticos y otros escritos, y pensado vagamente en participar en la lucha si valía la pena hacerlo, pero tenía dudas al respecto debido a mi mala salud y mi relativa inexperiencia

1. Publicado en Sonia Orwell e Ian Angus (eds.), *The Collected Essays, Journalism and Letters of George Orwell*, Harcourt, Brace & World, Nueva York, 1968.

militar. Justo antes de partir, alguien me dijo que no podría cruzar la frontera a menos que tuviera credenciales de alguna organización de izquierda —eso no era cierto en aquel momento, aunque sin duda los carnets de partido y documentos similares facilitaban las cosas—. Le presenté la solicitud a John Strachey,[2] quien me llevó a ver a Pollitt.[3] Y este, después de interrogarme, concluyó de manera manifiesta que yo no era políticamente de fiar y se negó a ayudarme; además, con el objetivo de asustarme y quitarme la idea de la cabeza, habló sin parar sobre el terrorismo anarquista. Finalmente me preguntó si me comprometería a unirme a las Brigadas Internacionales, a lo que respondí que no podía comprometerme a unirme a nada hasta que hubiese visto lo que estaba pasando. Me negó su ayuda, pero me aconsejó que obtuviera un salvoconducto de la Embajada de España en París, y así lo hice. Justo antes de salir de Inglaterra llamé también al ILP, con el que tenía ciertos vínculos, principalmente personales, y les pedí que me dieran algún tipo de carta de recomendación. Me enviaron a Pa-

2. John Strachey (1901-1963), escritor y político laborista británico que durante la década de 1930 simpatizó con el comunismo.

3. Como ya se ha indicado previamente, Harry Pollitt (1890-1960) era por entonces el Secretario General del Partido Comunista británico.

rís una carta dirigida a John McNair,[4] quien estaba en Barcelona. Cuando crucé la frontera, ni el personal del control de pasaportes ni otros, todos ellos anarquistas, prestaron mucha atención a mi salvoconducto, pero parecieron impresionados por la carta con el encabezamiento del ILP, que evidentemente ya habían visto antes. Fue esto lo que me hizo decidirme a entregar la carta a McNair (a quien no conocía), y así acabé en la milicia del POUM, pues tras echar un vistazo a las tropas en España, había visto que en términos comparativos yo tenía una buena preparación militar y había decidido unirme alguna milicia. En aquel momento apenas era consciente de las diferencias entre los partidos políticos, que habían sido ocultadas por la prensa inglesa de izquierdas. De haber comprendido perfectamente la situación, es probable que me hubiese unido a la milicia de la CNT.

Por entonces, las milicias, si bien en teoría se estaban reestructurando según el modelo de un ejército ordinario, seguían organizadas en columnas, centurias y secciones; cada centuria constaba de unos cien hombres subordinados a un individuo, y solía llamársela la *bandera* (de tal o cual individuo). Este tenía más o menos el

4. John McNair (1887-1968), representante internacional del ILP, organizaba la llegada de los voluntarios británicos para luchar en las filas del POUM.

rango de capitán, pero por debajo de él no había ningún rango bien definido excepto el de cabo y soldado raso. Las insignias de rango se lucían en las calles de Barcelona, pero estaba mal visto llevarlas en el frente. En teoría, el ascenso se lograba mediante elección, pero en realidad los oficiales y suboficiales eran nombrados desde arriba. Como explicaré más adelante, esto, en la práctica, no supone mucha diferencia. Pero una característica peculiar era que uno podía elegir su sección y, por regla general, podía cambiar a otra bandera si así lo deseaba. Por entonces se enviaba a los hombres a primera línea tras solo unos días de instrucción en la que fundamentalmente se aprendía a desfilar, y en muchos casos sin haber disparado nunca un fusil. Yo había imaginado que me encontraría un ejército parecido al británico, de modo que me consternaba la falta de disciplina. Cierto es que siempre resulta difícil lograr que los reclutas obedezcan las órdenes, y lo es mucho más cuando se ven arrojados en las trincheras y tienen que soportar el frío y los demás inconvenientes a los que no están acostumbrados. Si no han tenido la oportunidad de familiarizarse con las armas de fuego, a menudo les tienen mucho más miedo del necesario a las balas, y esto es una fuente adicional de indisciplina. (Por cierto, hicieron mucho daño las mentiras publicadas en los periódicos de izquierda, según las cuales los fascistas utilizaban balas ex-

plosivas; hasta donde se me alcanza, no existen tales balas; desde luego, los fascistas no las usaban.) Al principio, para lograr que tus órdenes fuesen obedecidas,[5] tenías que apelar a la lealtad al partido y valerte de la fuerza de tu personalidad, y durante las primeras dos semanas me gané mucha antipatía. Al cabo de unos días, un hombre se negó rotundamente a ir a cierta posición que, según él, estaba expuesta al fuego enemigo, de modo que le obligué a hacerlo por la fuerza —lo cual siempre es un error, por supuesto, pero lo es por partida doble si se trata de un español—. Al instante me rodeó un grupo de hombres que me llamaron fascista. Se produjo una discusión tremenda, pero la mayoría se puso de mi lado, y descubrí que la gente competía por unirse a mi sección. Este tipo de altercados, por parte tanto de los españoles como de los pocos ingleses que había en esa zona del frente, se repitió durante semanas o meses. Me refiero a la indisciplina, a las discusiones sobre lo que estaba justificado y era «revolucionario», aunque había cierto consenso con respecto a que era necesario combinar la disciplina férrea con la igualdad social. Siempre se discutía mucho sobre si era justo fusilar a los hombres por deserción y desobediencia y, en general, la gente estaba de acuerdo en que lo era, aunque algunos

5. Orwell había sido nombrado cabo.

nunca lo harían. Mucho más tarde, hacia marzo, cerca de Huesca unos 200 soldados de la CNT decidieron de repente abandonar el frente. Apenas se les podía culpar por ello, ya que llevaban allí unos cinco meses, pero obviamente no se podía permitir algo así, y se pidió a las tropas del POUM que fueran a pararles los pies. Me ofrecí como voluntario, aunque aquello no me entusiasmaba. Por suerte, sus delegados políticos u otras personas lograron convencerlos y hacerlos regresar, por lo que no llegó a desatarse la violencia. Hubo muchas discusiones sobre este asunto, pero nuevamente la mayoría estuvo de acuerdo en que, si no quedaba más remedio, era justo emplear el fusil contra quienes actuaban así.

A lo largo de este período, esto es, entre enero y abril de 1937, la mejora gradual de la disciplina se logró casi exclusivamente por medio de la «difusión de la conciencia revolucionaria», es decir, mediante las interminables discusiones y explicaciones sobre por qué era necesario esto o aquello. Todo el mundo estaba fanáticamente empeñado en mantener la igualdad social entre oficiales y soldados, en que no se empleasen los títulos militares de rango, no hubiese diferencias en el rancho, etc., y esto se llevaba a menudo a extremos bastante ridículos, aunque parecían menos ridículos allí en el frente, donde se percibía claramente cualquier diferencia en el nivel de comodidad. Después de que las milicias fue-

sen teóricamente incorporadas al Ejército Popular, se esperaba que todos los oficiales donaran su paga extra, es decir, todo lo que superase las 10 pesetas al día, a los fondos del Partido, y todos estuvieron de acuerdo en donarla, aunque no sé si llegó a hacerse, porque no estoy seguro que alguien cobrará realmente un sueldo extra antes de que la milicia del POUM fuese redistribuida dentro del ejército gubernamental. Ahora bien, los castigos por desobediencia tenían lugar ya en la época en que llegué al frente. Es extremadamente difícil castigar a los hombres que están en primera línea, porque, salvo que se les mate, cuesta hacerles sufrir más penalidades de las que ya sufren. El castigo habitual consistía en obligarles a hacer el doble de horas de guardia —lo cual no era lo más idóneo, porque a todo el mundo le faltaban horas de sueño—. De vez en cuando se fusilaba a alguien. Así le ocurrió a un hombre que intentó pasarse al bando fascista y que era sin duda un espía. A otro, a quien habían pillado robando a los demás milicianos, lo enviaron de regreso, supuestamente para que lo fusilaran, aunque no creo que se llegase a hacerlo. Se suponía que los consejos de guerra estaban formados por un oficial, un suboficial y un miliciano, pero nunca vi ninguno en acción.

El partido solía enviar periódicamente a sus delegados políticos a visitar a los hombres en el frente y, si

era posible, pronunciar algún tipo de discurso político. Además, cada centuria tenía en sus propias filas a uno o dos hombres a los que llamaban delegados políticos. Nunca llegué a comprender cuál había sido originalmente la función de estos hombres —es obvio que al principio habían tenido alguna función que luego no fue necesaria—. Cuando yo estaba entre los ingleses del ILP, me nombraron su delegado político, pero por entones tal delegado era simplemente un intermediario enviado al puesto de mando para quejarse de las raciones y demás, de modo que, en lo que a los ingleses concernía, era simplemente cuestión de elegir entre los pocos hombres que hablaban español. Los ingleses eran más estrictos que los españoles a la hora de elegir a sus oficiales, y en una o dos ocasiones decidieron cambiar de suboficial. También nombraron un comité de cinco hombres, que supuestamente debía encargarse de todos los asuntos de la sección. Aunque me eligieron para formar parte de él, me opuse a su formación, porque para entonces éramos parte de un ejército comandado desde arriba de manera más o menos ordinaria y, por lo tanto, tal comité no tenía ninguna función. Si embargo, aunque no tenía ninguna función importante, en ocasiones resultaba útil para cuestiones menores. Contrariamente a lo que suele creerse, los líderes políticos del POUM eran muy hostiles a esta idea del comité, y an-

siaban evitar que tal idea se extendiera de los ingleses a los españoles.

Antes de unirme a los ingleses estuve algunas semanas en una compañía de españoles, y de los 80 hombres que la componían unos 60 eran reclutas completamente novatos. En aquellas semanas la disciplina mejoró mucho, y desde entonces hasta finales de abril siguió mejorando de forma lenta pero continua en toda la milicia. Llegados a abril, cuando una unidad de la milicia tenía que marchar hacia algún punto, aquello todavía parecía una retirada de Moscú, pero ello se debía en parte a que los hombres solo tenían experiencia en la guerra de trincheras. Sea como fuere, para entonces ya no costaba en absoluto que se obedeciesen las órdenes; no había que temer que fueran desobedecidas tan pronto como te dieses la vuelta. En apariencia, las especiales características «revolucionarias» de aquello siguieron siendo las mismas hasta finales de mayo, pero en realidad ya se estaban produciendo ciertos cambios. En dicho mes de mayo, cuando yo estaba al mando de una sección (que ahora equivalía a un pelotón), los españoles más jóvenes me trataban de *usted*. Yo les reprendía por ello, pero era obvio que ese tratamiento formal estaba regresando, y sin duda el tuteo que se había generalizado en los primeros meses de la guerra era un amaneramiento; parecía completamente forzado en un pueblo latino.

Algo que pareció cesar súbitamente en marzo fue la costumbre de gritarles consignas revolucionarias a los fascistas. No se hacía en Huesca, aunque en muchos casos las trincheras de ambos bandos estaban muy próximas. En el frente de Zaragoza se había hecho a menudo, y probablemente había contribuido a atraer a los desertores, que allí eran muy numerosos (en determinado momento, unos 15 por semana en una sección del frente conformada por unos mil hombres). Pero el uso generalizado de la palabra *camarada* y la idea de que todos éramos supuestamente iguales persistieron hasta que la milicia fue redistribuida.[6] Así, los primeros reclutas del Ejército Popular que llegaron al frente se ajustaban claramente a este patrón. Entre la milicia del POUM y la del PSUC —hasta la última vez que pude contemplarla a principios de marzo— no había ninguna diferencia perceptible en lo que atañe a la disciplina y la atmósfera social.

La organización general era en algunos aspectos muy buena, pero en otros revelaba una incompetencia fuera de lugar. Una característica sorprendente de esta guerra era la buena organización de los víveres. Hasta mayo de 1937, cuando empezaron a escasear ciertas co-

6. El volante de mi baja, firmado alrededor del 18 de junio por un médico de Monzón (muy lejos del frente), se refiere a mí como «camarada Blair». *(N. del A.)*

sas, la comida siempre era buena y regular, algo que no era fácil de conseguir ni siquiera en una guerra de posiciones. Los cocineros se lo tomaban muy en serio y a veces preparaban la comida bajo un intenso fuego enemigo. Me impresionó cómo se organizaban los suministros tras las líneas y cómo se había logrado que los campesinos cooperaran. La ropa de los soldados se lavaba de vez en cuando, pero no se hacía muy bien ni con mucha regularidad. El correo funcionaba bien y las cartas que partían de Barcelona siempre llegaban al frente con prontitud, aunque un número extraordinario de cartas enviadas a España se extraviaban en algún lugar del camino a Barcelona. Las ideas relativas al saneamiento eran prácticamente ignoradas, y no cabe duda de que solo el clima seco impedía las epidemias. Para conseguir un servicio médico digno de mención había que desplazarse unos 15 kilómetros tras las líneas. Esto no tenía mucha importancia mientras hubiera solo una pequeña cantidad de víctimas, pero aun así se perdieron muchas vidas de forma innecesaria. Al principio las trincheras eran sumamente rudimentarias, pero hacia marzo se organizó un batallón de trabajo que fue muy eficiente y logró construir largos tramos con rapidez y sin hacer mucho ruido. Ahora bien, hasta mayo aproximadamente no se pensó a fondo en la comunicación entre las trincheras, incluso cuando la línea estaba cerca del enemigo,

de modo que no era posible, por ejemplo, sacar a los heridos sin exponerse al fuego. No se hizo ningún esfuerzo por reparar las carreteras en la retaguardia, aunque sin duda había mano de obra disponible para ello. El Socorro Rojo del POUM, en el que había que inscribirse de forma voluntaria u obligatoria, se ocupaba muy bien de los heridos en los hospitales. En cuanto a las provisiones, probablemente hubo algún desfalco y favoritismo, pero creo que muy poco. Cuando los cigarrillos empezaron a escasear, la pequeña sección inglesa recibió algo más de lo que le correspondía —lo cual habla muy bien del carácter español.

El gran e imperdonable error cometido en esta guerra, al menos en el frente de Aragón, fue mantener a los hombres en primera línea durante periodos demasiado largos. Llegados a la Navidad de 1936, aquello se había convertido casi por completo en una guerra de posiciones, estacionaria, y durante largos periodos de los siguientes seis meses hubo pocos combates. Por lo tanto, hubiera sido perfectamente posible organizar un sistema basado en cuatro días de servicio y otros cuatro o incluso dos de permiso. No es que con tal arreglo los hombres descansen más horas, pero sí pasan de vez en cuando algunas noches en una cama, o al menos tienen la posibilidad de quitarse la ropa. En ocasiones, tenían que permanecer en el frente hasta cinco meses seguidos. En

algunos puntos, las trincheras estaban muy lejos del enemigo, casi a un kilómetro, pero ello contribuía al aburrimiento, de modo que era peor para la moral que estar a 50 o 100 metros. Mientras tanto, los hombres dormían en trincheras de una incomodidad insoportable; las condiciones eran repugnantes y, hasta abril, casi siempre se pasaba frío. Además, incluso cuando uno está a un kilómetro del enemigo sufre los disparos de los fusiles y de los ocasionales proyectiles, lo que provoca un goteo de bajas y, por lo tanto, un miedo que es acumulativo. En tales circunstancias, es difícil hacer algo más que aguantar. En los meses de febrero y marzo, momento en que hubo pocos combates en los alrededores de Huesca, se intentó adiestrar a los hombres en cosas como el uso de la ametralladora, la señalización, el despliegue en orden abierto (avance por secciones), etc. Tales intentos resultaron casi siempre en un fracaso, porque todos los hombres sufrían la falta de sueño y estaban demasiado cansados como para aprender. Así me ocurrió a mí cuando intenté dominar el mecanismo de la ametralladora Hotchkiss: el cansancio me había privado de la capacidad de aprender. Habría sido factible conceder permisos con mayor frecuencia, y si no se hizo fue por razones distintas a la incompetencia. Se podría haber establecido fácilmente un sistema de turnos como el que ya he indicado, proporcionado algún tipo de co-

modidades a las tropas que no estaban en el frente. Incluso en un punto tan alejado como Barbastro la vida de las tropas era mucho más mísera de lo necesario. Con un poco de organización, se habría podido disponer en la retaguardia de baños calientes, desparasitación, algún tipo de diversión, cafés (de hecho, hubo algunos débiles intentos al respecto) y también mujeres. Las pocas mujeres accesibles en el frente o cerca de él eran una fuente de disputas. Entre los españoles más jóvenes se recurría a la sodomía. No sé si es posible que las tropas que libran una guerra de trincheras sean adiestradas al mismo tiempo para la guerra móvil, pero sin duda habría sido posible ofrecerles más entrenamiento si se hubiera dedicado mayor atención a su descanso. Dadas las circunstancias, los hombres se encontraban demasiado agotados para cualquier cosa, en un momento en el que la guerra estaba estancada. En retrospectiva, pienso que lo soportaron muy bien, y el hecho de que en esas condiciones insoportables no se desmoronasen ni mostrasen tendencia a la insubordinación fue lo que me hizo comulgar (hasta cierto punto) con la idea de la «disciplina revolucionaria». Ahora bien, la presión a la que se los sometió fue en parte innecesaria.

En cuanto a las rivalidades entre las diferentes milicias, al menos en lo que respecta a la tropa, no vi signos serios de ello hasta mayo de 1937. Supongo que tarde o

temprano terminaremos sabiendo hasta qué punto el frente de Aragón fue saboteado por motivos políticos. Desconozco qué importancia habría tenido la toma de Huesca, pero parece indudable que con la artillería adecuada se podría haber tomado en febrero o marzo. Dadas las circunstancias, estaba rodeada, salvo por una brecha de aproximadamente un kilómetro de ancho, pero se tenía tan poca artillería que los bombardeos preliminares solo habrían servido para advertir al enemigo. Esto significaba que los asaltos solo podían ser ataques sorpresa llevados a cabo por unos pocos cientos de hombres como máximo. Para principios de abril, Huesca parecía condenada, pero la brecha nunca se cerró, los ataques disminuyeron y poco después quedó claro que las trincheras fascistas resistían con más firmeza y habían mejorado sus defensas. A finales de junio se lanzó una gran ofensiva contra la ciudad, claramente por motivos políticos, para dar una victoria al Ejército Popular y desacreditar a la milicia de la CNT. El resultado fue el que se podía prever: un gran número de bajas y un empeoramiento real de la situación. Pero en lo que respecta a la tropa, el sentimiento partidista no solía ir más allá de los vagos rumores de que «ellos» —normalmente en referencia al PSUC— habían robado armas y otros suministros destinados a nosotros. En el frente de Zaragoza, donde las milicias del POUM y del PSUC ocupa-

ban posiciones más o menos alternas, las relaciones eran buenas. Cuando el POUM ocupó un sector del PSUC en Huesca, se percibió cierta envidia, pero creo que era puramente militar, ya que las tropas del PSUC no habían logrado tomar Huesca y el POUM alardeaba de que iba a hacerlo. La victoria de Guadalajara en febrero podría considerarse, y de hecho lo fue, una victoria comunista, pero todos estaban sinceramente contentos, entusiasmados. Poco después, uno de nuestros aviones, probablemente ruso, arrojó una bomba en el lugar equivocado y mató a varios milicianos del POUM. No cabe duda de que si eso hubiese ocurrido más adelante, se habría dicho que había sido «intencionado», pero en ese momento a nadie se le ocurrió contemplarlo de esa manera. Hacia mayo, tal vez a raíz de los incidentes en Barcelona, las relaciones empeoraron. En Lérida, donde gran parte de las nuevas formaciones del Ejército Popular recibían su adiestramiento, presencié cómo los milicianos (desconozco de qué milicia) hacían pedorretas e imitaban el balido de las ovejas cuando veían pasar los pelotones de dicho Ejército Popular. En cuanto al acoso a los hombres de los que se sabía que habían servido en el POUM, dudo que comenzase antes de los supuestos descubrimientos de espionaje. Inmediatamente después de ello, hubo al parecer uno o dos incidentes graves. Por lo visto, hacia finales de junio un destacamento de las

milicias del PSUC fue enviado a atacar una de las posiciones del POUM en las afueras de Huesca, o bien lo hizo por iniciativa propia, y los hombres que ocupaban esa posición tuvieron que defenderse con sus ametralladoras. Desconozco la fecha exacta y carezco de más datos al respecto, pero teniendo en cuenta mi fuente, no dudo de que sucedió. Sin duda, fue el resultado de las irresponsables afirmaciones de la prensa —sobre el espionaje, las deserciones, etc.—, que ya en ocasiones anteriores habían causado problemas o habían estado a punto de causarlos.

El hecho de que las milicias estuvieran organizadas por diferentes partidos y les debieran lealtad tuvo efectos negativos a partir de determinado momento. Al principio, cuando todo el mundo derrochaba entusiasmo, la rivalidad entre partidos tal vez no era mala; al menos esa es la impresión que me dieron quienes habían participado en los primeros combates, en la toma de Siétamo y otras poblaciones. Pero cuando las milicias empezaron a perder peso frente al Ejército Popular, todos los partidos quisieron conservar su fuerza a cualquier precio. A mi juicio, esta fue una de las razones de que, como he dicho con anterioridad, los permisos no se concediesen con la frecuencia que era factible. En realidad, hasta junio aproximadamente no había forma de hacer que un hombre que había estado de permiso se

reincorporara a su unidad, y a este respecto, el reclutamiento forzoso en el Ejército Popular, convertido en ley (no recuerdo exactamente cuándo se aprobó), resultaba por completo ineficaz. Por lo tanto, un miliciano que estaba de permiso podía simplemente irse a su casa —y le invitaba a hacerlo el hecho de que acabase de recibir todas las pagas atrasadas—, o podía unirse a otra organización, lo que por entonces ocurría a menudo. En la práctica, la mayoría de los hombres regresaban tras su permiso, pero algunos no, de modo que cada período de licencia significaba una merma de los efectivos. Además, estoy seguro de que el afán de los comandantes por mantener el número de dichos efectivos hacía que estuvieran demasiado ansiosos por no sufrir bajas cuando estas no les reportaban ninguna gloria. Debido a ello, en el frente de Zaragoza se perdieron valiosas oportunidades menores —de esas que no habrían aparecido en los periódicos pero sí habrían marcado cierta diferencia—, mientras que las bajas que se produjeron fueron completamente absurdas. Y rara vez o nunca se expulsó a esa chusma inútil, en torno al cinco o diez por ciento, que se encuentra en todas las unidades militares y de la que hay que deshacerse sin piedad. En enero, cuando me quejé del estado de la disciplina, un oficial de alto rango me dijo que en su opinión todas las milicias competían en indisciplina para atraer así a los miembros de

las demás. No sé si eso era cierto o lo dijo debido a un hartazgo momentáneo.

En lo que atañe a la milicia del POUM, dudo que sus miembros fueran muy diferentes de los de otras milicias. En condiciones físicas, que constituyen un buen baremo, estaban casi a la altura del PSUC. El POUM no exigía a sus milicianos que se afiliasen al partido, sin duda porque al ser una formación minoritaria le resultaba difícil atraer a los reclutas. Una vez que los hombres estaban en el frente, se intentaba que se unieran al partido, pero es justo decir que no se ejerció ningún tipo de presión. Había la proporción habitual de chusma y, además, un cierto número de campesinos muy ignorantes y personas sin ningún tipo de alineamiento político que probablemente se habían unido a la milicia del partido más o menos por accidente. Además, estaban quienes se habían unido tan solo porque así conseguían un empleo. En ello tuvo mucho que ver el hecho de que en diciembre de 1936 ya había una grave escasez de pan en Barcelona, mientras que los milicianos disponían de él en abundancia. Pero muchos de estos personajes irrelevantes se convirtieron después en soldados bastante buenos. Además de un gran número de refugiados alemanes, había un elenco de extranjeros de diversas razas, incluidos unos cuantos portugueses. Dejando al margen a los mencionados alemanes, los mejores soldados solían

ser los ametralladores, que estaban organizados en equipos de seis y se mantenían bastante apartados de los demás. La actitud fetichista que los hombres en ese puesto desarrollan hacia su arma, como si se tratase de una divinidad doméstica, es de gran interés y debería ser objeto de estudio. Algunos ametralladores eran viejos soldados que habían prestado servicio militar una y otra vez debido al sistema de sustitución español, pero la mayoría de ellos eran «buenos militantes», algunos de gran carácter e inteligencia. Llegué a la conclusión, un poco en contra de mi voluntad, de que a la larga los «buenos militantes» son los mejores soldados. El pelotón enviado por el ILP, conformado por una treintena de ingleses y estadounidenses, estaba dividido de manera bastante marcada entre viejos soldados sin ninguna afiliación política particular y «buenos militantes» sin experiencia militar. Dado que yo estoy más cerca del primer tipo, probablemente no me guíe por los prejuicios si digo que, a mi juicio, el segundo es superior. Por supuesto, los viejos soldados son más útiles al comienzo de una campaña, y se desempeñan bien cuando hay algún combate, pero tienen más tendencia a desmoronarse a causa de la inacción y el agotamiento físico. Un hombre que se ha identificado plenamente con algún partido político es digno de confianza en todas las circunstancias bélicas. Uno se metería en problemas en los círculos de izquier-

da por decir lo que sigue, pero los sentimientos de muchos socialistas hacia su partido son muy similares a los que el típico zoquete que estudió en un colegio privado experimenta hacia este. Hay individuos que no tienen ninguna filiación política particular y son completamente fiables, pero suelen ser de origen burgués. En la milicia del POUM había una ligera pero perceptible tendencia a elegir como oficiales a quienes tenían tal origen. Dada la estructura de clases existente en la sociedad, ello me parece inevitable: las personas de clase media y alta suelen tener más confianza en sí mismas en circunstancias desconocidas y, en países donde no está vigente el servicio militar obligatorio, suelen tener más tradición militar que la clase trabajadora. Este es notablemente el caso de Inglaterra. En cuanto a la edad, la adecuada para los soldados del frente parece ser la comprendida entre los 20 y los 35 años. Yo no confiaría en nadie mayor como soldado raso u oficial subalterno a menos que sea de reconocida fiabilidad política. Y por abajo, incluso los muchachos de 14 años suelen ser muy valientes y dignos de confianza, pero simplemente no soportan la falta de sueño; se quedarán dormidos hasta de pie.

En cuanto a la traición, la confraternización con el enemigo, etc., hubo los suficientes rumores al respecto como para pensar que tales cosas ocurrían ocasionalmente y, de hecho, son inevitables en una guerra civil.

Se decía que en algún momento se habían celebrado treguas preestablecidas en tierra de nadie para el intercambio de periódicos. No conozco ningún caso, pero una vez vi algunos periódicos fascistas que podrían haberse obtenido de esa manera. Las historias que circulaban en la prensa comunista sobre pactos de no agresión y gente que iba y venía libremente de nuestra zona a la fascista eran mentira. Sin duda, hubo traición entre los campesinos. Si ningún ataque en esa zona del frente de Aragón se llevó a cabo a la hora prevista, fue en parte por incompetencia, pero también se dijo que si el ataque se fijaba con más de unas pocas horas de antelación, los fascistas siempre lo sabían. Estos siempre parecían saber qué tropas tenían enfrente, mientras que nosotros solo sabíamos lo que podíamos deducir de las patrullas de reconocimiento y demás. Desconozco qué método empleaban los espías para introducir sus mensajes en Huesca, pero el utilizado para enviarlos de allí al exterior eran las señales mediante lámparas. Cada noche, a una hora determinada, hacían así señales en código morse. Nosotros las registrábamos, pero dejando al margen las que consistían en lemas como «Viva Franco», siempre estaban en clave. No sé si después eran descifradas con éxito. Los espías detrás de las líneas nunca fueron capturados, a pesar de muchos intentos. Las deserciones eran muy raras, aunque hasta mayo de 1937 era fácil aban-

donar las líneas o, corriendo pocos riesgos, pasarse a los fascistas. Supe de algunas deserciones entre nuestros hombres y algunas entre los del PSUC, pero el número total era muy reducido. Resulta llamativo que los hombres que componen una fuerza de este tipo conserven un sentimiento político contra el enemigo como no lo harían en un ejército ordinario. Cuando llegué al frente, se daba por sentado que los oficiales hechos prisioneros por nosotros debían ser fusilados, y se decía que los fascistas fusilaban a todos los prisioneros —lo cual sin duda era mentira, pero lo importante es que la gente lo creía—. Todavía en marzo de 1937 me contaron de manera creíble que se acababa de fusilar a un oficial hecho prisionero; una vez más, lo significativo es que nadie pareció pensar que eso estaba mal.

En cuanto al verdadero desempeño de la milicia del POUM, lo conozco principalmente a través de otras personas, pues yo estuve en el frente durante el periodo más inactivo de la guerra. Sus hombres participaron en la toma de Siétamo y en el avance sobre Huesca, y tras ello se dividió la unidad, repartiéndola entre Huesca, el frente de Zaragoza y Teruel. Creo que algunos también acabaron en el frente de Madrid. A finales de febrero, se concentró a toda la división en el flanco oriental de Huesca, el menos importante tácticamente, y durante marzo y abril el papel desempeñado por el POUM con-

sistió tan solo en hacer incursiones y repeler los ataques enemigos, asuntos que implicaban a lo sumo a doscientos hombres y causaban unas cuantas decenas de bajas. En algunas de estas acciones los hombres se desempeñaron bien, sobre todo los refugiados alemanes. En el ataque a Huesca de finales de junio, la división sufrió grandes pérdidas: hubo entre 400 y 600 muertos. Yo no estuve presente, pero quienes sí estuvieron me contaron que las tropas del POUM actuaron bien. Para entonces las campañas en la prensa habían comenzado a producir cierto descontento. Ya en abril, incluso quienes no tenían vínculos políticos habían comprendido que, salvo en la propia prensa del POUM y la de los anarquistas, no se publicaría nada bueno sobre ellos, fuera cual fuese su verdadero desempeño. En aquel momento, esto solo produjo cierta irritación, pero sé que más tarde, cuando la división fue redistribuida, algunos hombres que pudieron eludir el servicio militar obligatorio se buscaron empleos civiles porque, según argumentaron, estaban hartos de ser difamados. Varios hombres que participaron en el ataque a Huesca me aseguraron que el general Pozas[7] retuvo deliberadamente la artillería, para que muriese el mayor número posible de efectivos del POUM

7. Sebastián Pozas Perea (1876-1946), por entonces máximo responsable del Ejército republicano en el Frente de Aragón.

—sin duda era falso, pero muestra el efecto que tuvieron las campañas como la dirigida por la prensa comunista—. No sé qué pasó con la división después de ser redistribuida, pero creo que la mayoría de los hombres pasaron a la Vigesimosexta.[8] Dadas las circunstancias y sus oportunidades, debo decir que el desempeño de la milicia del POUM fue respetable, aunque de ninguna manera brillante.

8. Orwell probablemente se refiere a la 29.ª División.

LA CESÁREA ESPAÑOLA
The Highway, marzo de 1939

Cuando el general Franco se sublevó en julio de 1936, puso palos en la rueda de una máquina que avanzaba en una dirección bastante definida, y todavía desconocemos el alcance del daño causado.

La revolución de 1931 se había deshecho de la monarquía española, pero no había logrado resolver ninguno de los principales problemas económicos del país. Uno de sus efectos, no obstante, fue crear una atmósfera de liberalismo y libertad de expresión en la que ideas hasta entonces desaprobadas podían circular ampliamente. A partir de ese momento, quedó claro para muchos observadores que la guerra civil era inevitable. La fecha clave llegó cuando un gobierno que podría describirse más o menos como «de izquierdas» ganó por un estrecho margen las elecciones de febrero de 1936. Este gobierno, el del Frente Popular, no estaba en modo alguno bajo el control de extremistas. Lejos de precipitar una crisis ejerciendo la violencia contra sus oponen-

tes políticos, en realidad se debilitó a sí mismo con su moderación. Un gobierno más rígidamente «izquierdista» habría abordado antes el complot militar que todo el mundo sabía que se estaba gestando, y es probable que hubiese hecho alguna promesa de independencia a los árabes del Marruecos español, con lo cual habría evitado que se uniesen a Franco. Sea como fuere, el programa de reformas del gobierno suponía una amenaza para los grandes terratenientes y la Iglesia, como ocurría con cualquier reforma radical. En la España de entonces, era imposible acercarse a una democracia real sin chocar con poderosos intereses creados. Por lo tanto, la mera aparición del gobierno del Frente Popular fue suficiente para plantear el problema más difícil de nuestro tiempo: cómo realizar cambios fundamentales mediante métodos democráticos.

En términos globales, la democracia parlamentaria, y especialmente el sistema de partidos, se desarrolló en un periodo en el que ninguna disputa entre las diferentes facciones era realmente irreconciliable. Los *Whigs* y los *Tories,* esto es, los liberales y los conservadores, mantienen hoy lo que es en realidad una disputa familiar, y acatarán las decisiones de su rival; pero la cosa cambia cuando la cuestión es, por ejemplo, capitalismo o socialismo. De hecho, la misma situación se ha producido una y otra vez, con ligeras variaciones: un gobierno ele-

gido democráticamente procede a realizar reformas radicales; actúa de modo por completo legal, pero sus oponentes se niegan a respetar las reglas del juego; se rebelan, ya sea recurriendo a la violencia, como en España, o, más a menudo, al sabotaje financiero. La peculiaridad del caso que aquí nos ocupa es que el gobierno español se defendió.

La guerra dura ya dos años y medio y ha causado quizá un millón de muertes, además de una miseria inaudita. ¿Cuánto daño ha hecho a la causa de la democracia? Si consideramos las características de una guerra moderna —el tipo de cosas que los gobiernos tendrán que hacer para mantener unidos a sus pueblos—, parece claro que en ningún lugar quedará mucha democracia después de varios años de guerra «total» entre grandes potencias. Sin embargo, es un hecho que la guerra civil española, tan terrible en casi todos los sentidos, ha constituido a este respecto un presagio esperanzador. En la España republicana, tanto las formas como el espíritu de la democracia han sobrevivido en una medida que nadie hubiera previsto; incluso se puede decir que durante el primer año de la guerra continuaron desarrollándose.

Estuve en Cataluña y Aragón desde la Navidad de 1936 hasta mediados del año siguiente. Estar en España en aquella época era una experiencia extraña y conmo-

vedora, porque presenciabas el espectáculo de un pueblo que sabía lo que quería, un pueblo que afrontaba el destino con los ojos bien abiertos. La rebelión había sumido al país en el caos, y el gobierno que nominalmente estaba en el poder cuando estalló la guerra había actuado con indolencia; si el pueblo español se salvó, fue por su propio esfuerzo. No es exagerado decir que casi toda la resistencia de los primeros meses consistió en la acción directa y consciente de la gente común en las calles, a través de sus sindicatos y sus organizaciones políticas. El transporte y las principales industrias pasaron directamente a manos de los trabajadores; las milicias que tuvieron que soportar la peor parte de los combates fueron organizaciones voluntarias surgidas de los sindicatos. Hubo mucha incompetencia, por supuesto, pero también sorprendentes hazañas basadas en la improvisación. Se labraban los campos, los trenes circulaban, la vida lejos del frente era en general pacífica y ordenada, las tropas, aunque mal armadas, estaban bien alimentadas y atendidas. Además, había un espíritu de tolerancia, una libertad de expresión y de prensa que nadie habría creído posibles en tiempos de guerra. Naturalmente, la atmósfera social cambió, y en algunos aspectos para peor, con el paso del tiempo. El país se preparó para una larga guerra; hubo luchas políticas internas a consecuencia de las cuales el poder pasó de manos socialistas y

anarquistas a manos de los comunistas, y después a las de los republicanos radicales; se impuso el servicio militar obligatorio y se endureció la censura —dos males inevitables de la guerra moderna—. Pero el espíritu esencialmente voluntarioso de los primeros meses no ha desaparecido y tendrá importantes efectos.

Sería ingenuo suponer que una victoria del gobierno daría origen instantáneamente a un régimen democrático. La democracia, tal como la entendemos en Europa Occidental, no es viable de inmediato en un país tan dividido y exhausto como lo estará España cuando termine la guerra. Ciertamente, cualquier gobierno que triunfe sobre Franco será de tendencia liberal, aunque solo sea porque tendrá que acabar con el poder de los grandes terratenientes y con la mayor parte, si no la totalidad, del poder de la Iglesia. Pero la tarea de gobernar toda España será completamente distinta de la de gobernar la actual zona republicana. Habrá grandes minorías disidentes y enormes problemas de reconstrucción; y esto, de manera inevitable, implica un periodo de transición durante el cual el régimen será democrático principalmente solo de nombre. En cambio, si gana Franco, incluso el término *democracia* será abandonado. Él ha dejado perfectamente clara su intención de crear un Estado corporativo según el modelo italiano, es decir, un Estado en el que a la mayoría de la gente se la prive

abierta y cínicamente de manifestar su opinión sobre los asuntos públicos.

Pero tal vez la situación sea menos desesperada de lo que parece. Obviamente, si Franco gana, las perspectivas inmediatas no son esperanzadoras; pero los efectos a largo plazo de una victoria franquista son difíciles de prever, porque es casi seguro que un dictador en la posición de Franco tendría que depender del apoyo extranjero. Y si el gobierno republicano logra la victoria, hay motivos para pensar que, en este caso, los resultados perversos de toda guerra civil pueden desaparecer con bastante rapidez. Las guerras suelen librarlas soldados que son o bien profesionales o bien reclutas forzosos, pero que en ambos casos se encuentran esencialmente en la posición de víctimas y solo tienen una idea muy vaga de por qué están luchando. No se podría decir lo mismo de los ejércitos de la España republicana: allí no se ha dado el proceso habitual de engrosar una maquinaria militar con los llamados a filas, sino que la población civil se ha organizado voluntariamente hasta formar un ejército. Y son los efectos psicológicos de ello los que pueden hacer que el retorno a la democracia sea más fácil.

Era imposible viajar por la España de principios de 1937 sin tener la sensación de que la guerra civil, a pesar de todos sus horrores, actuaba en cierto sentido como

una fuerza educativa. Los hombres sufrían, pero también estaban aprendiendo. Decenas de miles de personas corrientes se habían visto obligadas a ocupar puestos de responsabilidad y mando, puestos con los que unos meses antes ni siquiera hubiesen soñado. Cientos de miles de personas se encontraron de repente pensando sobre teorías económicas y principios políticos, con una intensidad que difícilmente habría sido posible en tiempos normales. Palabras como *fascismo, comunismo, democracia, socialismo, trotskismo* o *anarquismo,* que para la gran masa de seres humanos no son más que palabras, eran objeto de reflexión y discusión entusiasta por parte de hombres que hasta el día anterior habían sido campesinos analfabetos o peones explotados. Hubo un enorme fermento intelectual, una repentina expansión de la conciencia. Ello hay que atribuírselo a la guerra, que ofrece así una pequeña compensación por la muerte y el sufrimiento, y es dudoso que pueda erradicarse por completo, incluso bajo una dictadura.

Es cierto que las cosas no han salido como esperábamos entonces. En primer lugar, hasta el verano de 1937 todo el mundo en la España gubernamental creía que el gobierno iba a ganar. No quiero decir con esto que el gobierno ya esté derrotado, pero la verdad es que ya no se puede considerar segura su victoria. En segundo lugar, mucha gente daba por sentado que la guerra se vería se-

guida de un claro movimiento revolucionario en dirección al socialismo. Esa posibilidad se ha reducido. En caso de victoria del gobierno, parece mucho más probable que España se convierta en una república capitalista, del tipo francés, que en un Estado socialista. Pero lo que parece seguro es que ya no es viable ninguna regresión a un régimen semifeudal y dominado por los curas como el que existió hasta 1931 o, de hecho, hasta 1936. Tales regímenes, por su naturaleza, dependen de una apatía y una ignorancia generales que ya no existen en España. La gente ha visto y aprendido lo suficiente. Según los cálculos más a la baja, varios millones de personas han quedado impregnadas de ideas que las convierten en un mal material para un Estado autoritario. Si Franco gana, frenará el desarrollo de España, pero probablemente solo mientras a alguna potencia extranjera le compense mantenerlo en el cargo. Fusilar o encarcelar a sus oponentes políticos no le ayudará; son demasiados. El deseo de libertad, conocimiento y un nivel de vida digno se ha extendido demasiado como para ser aniquilado por el oscurantismo o la persecución. Así pues, tal vez las matanzas y el sufrimiento que una guerra civil moderna conlleva no hayan sido del todo en vano.

UNA MIRADA RETROSPECTIVA A LA GUERRA DE ESPAÑA (¿1942?)

El presente ensayo, fechado probablemente en 1942, apareció en la revista New Road: New Directions in English Arts and Letters *un año más tarde. Los editores omitieron las secciones IV, V y VI, para gran disgusto de Orwell, y el ensayo completo no vería la luz hasta 1953, cuando fue incluido en los volúmenes del autor* Such, Such Were the Joys *(publicado Nueva York) y* England Your England *(publicado en Londres).*

I

En primer lugar, hablaré de los recuerdos físicos, los sonidos, los olores y la superficie de las cosas.

Es curioso que, más vívidamente que todo lo que ocurrió después en la guerra de España, recuerde la semana del supuesto adiestramiento que recibimos antes de que se nos enviara al frente: el enorme cuartel de ca-

ballería en Barcelona, con sus cuadras llenas de corrientes de aire y sus patios adoquinados, el frío glacial de la bomba de agua donde nos lavábamos, la comida asquerosa que se hacía tolerable con cacerolas de vino, las milicianas vestidas con pantalones, que cortaban leña, los pases de lista matutinos en los que mi prosaico nombre inglés era una especie de interludio cómico entre los sonoros nombres españoles: Manuel González, Pedro Aguilar, Ramón Fenellosa, Roque Ballester, Jaime Doménech, Sebastián Viltrón y Ramón Nuvo Bosch. Cito a estos hombres en particular porque recuerdo sus caras. A excepción de dos que eran simple chusma y que sin duda se han convertido ya en buenos falangistas, es probable que todos estén muertos. Sé que dos de ellos lo están. El mayor tendría unos veinticinco años, y el menor, dieciséis.

Una de las experiencias esenciales de la guerra es no poder escapar nunca de los desagradables olores de origen humano. Las letrinas son un tema manido en la literatura bélica, y no las mencionaría si no fuera porque la de nuestro cuartel contribuyó a hacer añicos mi visión fantasiosa de la guerra civil. Las letrinas españolas, en las que hay que acuclillarse, son ya bastante malas de por sí, pero las del cuartel estaban hechas de algún tipo de piedra pulida tan resbaladiza que todo lo que podías hacer era intentar no caerte. Además, siempre

estaban obstruidas. Hoy recuerdo muchas otras cosas repugnantes, pero creo que fueron estas letrinas las que me hicieron albergar por primera vez un pensamiento que se volvería recurrente: «Aquí estamos, los soldados de un ejército revolucionario que defienden la democracia contra el fascismo, que libran una guerra que tiene algún motivo, y sin embargo los detalles de nuestras vidas son tan sórdidos y degradantes como podrían serlo en una cárcel, por no decir en un ejército burgués». Más tarde, muchas otras cosas reforzaron esa primera impresión; por ejemplo, el aburrimiento y el hambre canina de la vida en las trincheras, las miserables intrigas para hacerse con las sobras del rancho, las mezquinas y fastidiosas peleas en las que se enzarza la gente cuando está extenuada por no dormir lo suficiente.

El horror esencial de la vida militar —quien haya sido soldado sabrá a qué me refiero cuando hablo de ese horror esencial— apenas se ve afectado por la naturaleza de la guerra en la que se lucha. La disciplina, por ejemplo, es en última instancia la misma en todos los ejércitos. Las órdenes han de obedecerse y hacerse cumplir, mediante el castigo si es necesario; la relación entre el oficial y el hombre de la tropa ha de ser una relación entre superior e inferior. La imagen de la guerra expuesta en libros como *Sin novedad en el frente* es sustancial-

mente veraz.[1] Las balas hacen daño, los cadáveres apestan, los hombres expuestos al fuego enemigo están a menudo tan asustados que se mojan los pantalones. Cierto es que la extracción social de quienes conforman un ejército influirá en su adiestramiento, sus tácticas y su eficacia general, y también que la conciencia de estar en el bando correcto puede elevar la moral, aunque ello influye más en la población civil que en las tropas. (La gente olvida que un soldado que se encuentra cerca de la línea del frente suele estar demasiado hambriento, asustado, helado o, sobre todo, demasiado agotado como para preocuparse por las causas políticas de la guerra.) Pero las leyes de la naturaleza operan por igual en un ejército «rojo» y en uno «blanco». Un piojo es un piojo y una bomba es una bomba, aunque la causa por la que luchas sea justa.

¿Por qué vale la pena señalar algo tan obvio? Porque la mayor parte de la *intelligentsia* británica y estadounidense no era consciente de ello entonces, ni lo es ahora. Hoy en día nuestra memoria es corta, pero miremos un poco hacia atrás, echemos un ojo a los archivos de *New Masses* o del *Daily Worker,* y encontrare-

1. La célebre novela en la que escritor alemán Erich Maria Remarque narró los horrores de la Primera Guerra Mundial. Publicada en 1929, se convirtió de inmediato en un *best seller* y fue traducida a una veintena de lenguas.

mos la romántica bazofia belicista que nuestros izquierdistas nos lanzaban entonces. ¡Cuánto tópico rancio! ¡Qué falta de sensibilidad y de imaginación! ¡Con qué sangre fría reaccionó Londres al bombardeo de Madrid! No me refiero a los contrapropagandistas de derecha, los Lunn, Garvin *et hoc genus*;[2] huelga ocuparse de ellos aquí. Hablo más bien de las mismas personas que durante veinte años se habían mofado de la «gloria» de la guerra, de las historias de las atrocidades del enemigo, del patriotismo e incluso del coraje físico, y que de repente dijeron cosas que, con la alteración de algunos nombres, habrían encajado perfectamente en el *Daily Mail* de 1918. Si había algo con lo que la *intelligentsia* británica estaba comprometida era con la desacreditación de la guerra, la teoría de que dicha guerra consiste únicamente en cadáveres y letrinas y nunca conduce a nada bueno. Pues bien, la misma gente que en 1933 se reía de manera condescendiente si decías que en determinadas circunstancias lucharías por tu país, te denunciaba en 1937 como trotskofascista si sugerías que tal vez eran exageradas las historias de *New Masses* sobre los recién heridos que exigían imperiosamente volver al

2. En referencia a Sir Arnold Henry Moore Lunn (1888-1974), esquiador, alpinista, escritor y apologeta del catolicismo, y a James Louis Garvin (1868-1947), quien, como ya se ha indicado en una nota previa, era por entonces editor de *The Observer*.

combate. Y la intelectualidad de izquierdas dio ese giro, de «La guerra es un infierno» a «La guerra es gloriosa», no solo sin tener la sensación de incongruencia sino casi sin ninguna etapa intermedia. Más tarde, la mayoría haría otras transiciones igualmente violentas. Debe de haber un buen número de personas, una especie de núcleo duro de la *intelligentsia,* que aprobó en 1935 la declaración de rechazo a tomar las armas «por el Rey y por la patria», clamó por una «postura firme» contra Alemania en 1937, apoyó la Convención Popular en 1940 y exige hoy un «Segundo Frente».

Entre las masas, los extraordinarios cambios de opinión que tienen lugar hoy en día, las emociones que se pueden abrir y cerrar como un grifo, son el resultado de la hipnosis producida por los periódicos y la radio. Entre la *intelligentsia,* se diría que son más bien el resultado del dinero y de la mera seguridad física. Los intelectuales pueden estar a favor o en contra de la guerra en un momento dado, pero sea cual fuere su posición no albergan una imagen realista del conflicto. Cuando se entusiasmaron con la guerra civil española, sabían, por supuesto, que se estaba matando a la gente y que es desagradable que te maten, pero no pensaban que la experiencia bélica fuese en cierta manera degradante para un soldado del Ejército Republicano español. A su juicio, de algún modo las letrinas apestaban menos y la dis-

ciplina era menos fastidiosa. Basta con echar un vistazo al *New Statesman* para comprobar que eso creían; y en estos momentos se escriben exactamente las mismas sandeces sobre el Ejército Rojo. Nos hemos vuelto demasiado civilizados para captar lo obvio. Porque la verdad es muy simple: para sobrevivir, a menudo tienes que luchar, y para luchar hay que ensuciarse. La guerra es un mal y, con frecuencia, el mal menor. Los que empuñan la espada perecen por la espada,[3] y los que no la empuñan perecen de enfermedades nauseabundas. El que valga la pena recordar aquí semejante lugar común muestra lo que nos han hecho los años de capitalismo rentista.

II

En relación con lo que acabo de decir, ofreceré un apunte sobre las atrocidades.

Tengo escaso conocimiento directo de las atrocidades cometidas en la guerra civil española. Sé que algunas fueron cometidas por los republicanos y muchas más (todavía continúan) por los fascistas. Pero lo que me im-

3. Mateo 26:52: «Entonces dijo Jesús: "Guarda tu espada, porque quien a hierro mata, a hierro muere"».

presionó en su momento, y me ha impresionado desde entonces, es que lo único que determina que se crea o no en ellas son las propias inclinaciones políticas. Todo el mundo cree los relatos de las atrocidades del enemigo y descree de las de su propio bando, sin molestarse siquiera en examinar las evidencias. Hace poco elaboré una tabla con las atrocidades ocurridas entre 1918 y el presente; no ha habido un solo año en el que no se hayan cometido atrocidades en algún lugar, y no ha habido prácticamente ni un solo caso en el que la izquierda y la derecha creyeran simultáneamente las mismas historias. Y lo que es más extraño aún, en cualquier momento la situación puede invertirse de manera repentina: la atrocidad plenamente demostrada de ayer puede convertirse en una mentira ridícula, simplemente porque el panorama político ha cambiado.

En la guerra actual nos encontramos en la curiosa situación de que nuestra «campaña sobre las atrocidades» se desarrolló en gran medida antes de que comenzara la guerra, y fue llevada a cabo principalmente por la izquierda, la gente que suele enorgullecerse de su incredulidad. En ese mismo periodo, la derecha, divulgadora de las atrocidades de 1914-1918, contemplaba la Alemania nazi y se negaba rotundamente a ver ningún mal en ella. Luego, tan pronto como estalló la guerra, fueron los pronazis de ayer quienes repitieron las his-

torias de horror, mientras que los antinazis se encontraron de repente dudando hasta de si realmente existía la Gestapo. Esto, además, no fue resultado tan solo del pacto ruso-alemán,[4] sino que se debió en parte a que antes de la guerra la izquierda había creído erróneamente que Gran Bretaña y Alemania nunca lucharían entre sí y, por lo tanto, dicha izquierda podía ser antialemana y antibritánica al mismo tiempo; en parte se debió también a que la propaganda bélica oficial, con su repugnante hipocresía y su supremacismo moral, siempre tiende a hacer que la gente que piensa simpatice con el enemigo. Parte del precio que pagamos por las mentiras sistemáticas de 1914-1918 consistió en la exagerada reacción proalemana que les siguió. Entre 1918 y 1933, te abucheaban en los círculos izquierdistas si insinuabas que Alemania tenía aunque solo fuera una pequeña parte de responsabilidad por la guerra. En todas las denuncias del Tratado de Versalles que escuché durante esos años, creo que ni una sola vez surgió la pregunta, no digamos ya el debate, sobre qué habría pasado si Alemania hubiese ganado. Y lo mismo vale para las atrocidades:

4. Orwell se refiere al Tratado de no Agresión entre Alemania y la URSS, también conocido como Pacto Ribbentrop-Mólotov o Pacto de no agresión nazi-soviético, firmado en Moscú el 23 de agosto de 1939, nueve días antes del comienzo de la Segunda Guerra Mundial.

la verdad se convierte en mentira cuando la formula tu enemigo. Hace poco me di cuenta de que las mismas personas que se tragaron todas y cada una de las historias de terror sobre lo que los japoneses hicieron en Nankín en 1937 se niegan a creer exactamente las mismas historias sobre lo que han hecho en Hong Kong en 1942. Hay incluso una tendencia a considerar que las atrocidades de Nankín son, por así decirlo, retrospectivamente falsas porque ahora el gobierno británico ha llamado la atención sobre ellas.

Pero, por desgracia, la verdad sobre las atrocidades es mucho peor que el hecho de que se mienta sobre ellas y se las convierta en propaganda. La verdad es que suceden. La razón a menudo aducida para el escepticismo —que las mismas historias horrorosas surgen guerra tras guerra— simplemente hace que sea bastante más probable que esas historias sean ciertas. Es obvio que cometer esas atrocidades es una fantasía muy extendida, y la guerra ofrece la oportunidad de ponerla en práctica. Además, aunque ya no está de moda decirlo, es indudable que aquellos a quienes en términos políticos generales llamamos «blancos» cometen muchas más y peores atrocidades que los «rojos». No hay la menor duda, por ejemplo, sobre el comportamiento de los japoneses en China. Tampoco hay muchas dudas sobre la larga historia de las salvajadas cometidas por los fascistas en Eu-

ropa durante los últimos diez años. La cantidad de testimonios es enorme, y una proporción considerable proviene de la prensa y la radio alemanas. Esas cosas han sucedido realmente: eso es lo que hay que tener en cuenta. Ocurrieron a pesar de que Lord Halifax[5] decía que ocurrían. Las violaciones y matanzas en las ciudades chinas, las torturas en los sótanos de la Gestapo, los ancianos profesores judíos arrojados a pozos negros, los ametrallamientos de los refugiados en las carreteras españolas: todo eso sucedió, y no sucedió menos porque *The Daily Telegraph* se haya enterado repentinamente de ello cinco años más tarde.

III

Dos recuerdos: el primero no prueba nada en particular; el segundo, a mi juicio, da cierta idea de la atmósfera de un periodo revolucionario.

Una mañana temprano, otro hombre y yo salimos a disparar contra el enemigo en las trincheras en las afueras de Huesca. La línea fascista y la nuestra estaban separadas por trescientos metros, una distancia a la que

5. Edward Frederick Lindley Wood, conde de Halifax (1881-1959), político conservador británico que fue secretario de Asuntos Exteriores entre 1938 y 1940.

nuestros viejos fusiles no disparaban con precisión; pero si te arrastrabas y lograbas acercarte a unos cien metros de la trinchera fascista, con un poco de suerte podías dispararle a alguien a través de algún hueco en el parapeto. Por desgracia, el terreno intermedio era un campo de remolachas llano, sin más cobertura que algunas zanjas, y era necesario salir cuando aún estaba oscuro y regresar poco después del amanecer, antes de que hubiese mucha luz. En esa ocasión no asomó ningún fascista, pero nos quedamos demasiado tiempo y nos sorprendió el amanecer. Estábamos en una zanja, y detrás de nosotros teníamos doscientos metros de terreno llano donde apenas había refugio para un conejo. Todavía estábamos tratando de reunir el valor necesario para salir corriendo cuando se produjo un alboroto y sonaron los silbatos en la trinchera fascista: se acercaban algunos de nuestros aviones. En ese momento, un hombre, que presumiblemente llevaba un mensaje para un oficial, saltó de la trinchera y corrió por lo alto del parapeto a la vista de todos. Iba medio vestido y se sujetaba los pantalones con ambas manos mientras corría. Me contuve y no le disparé. Cierto es que soy un mal tirador y difícilmente conseguiría darle a un hombre que corre a cien metros de distancia, y también que en esos momentos yo pensaba sobre todo en regresar a nuestra trinchera mientras los fascistas estaban centrados en los aviones. Aun así,

si no disparé fue en parte por ese detalle de los pantalones. Yo había ido allí para disparar contra los «fascistas»; pero un hombre que intenta sujetarse los pantalones no es un «fascista», es visiblemente tu congénere, tu semejante, y no tienes ganas de dispararle.

¿Qué demuestra este episodio? No mucho, porque es el tipo de cosas que suceden constantemente en todas las guerras. El otro es distinto. Dudo que al contarlo pueda conmover al lector, pero le pido que crea que a mí me conmovió como incidente característico de la atmósfera moral de un periodo concreto.

Uno de los reclutas que se unió a nosotros mientras estábamos en el cuartel de Barcelona era un chico de aspecto salvaje proveniente de los suburbios. Iba cubierto de andrajos y descalzo. Además, era muy moreno (me atrevería a decir que tenía sangre árabe) y hacía gestos que no suele hacer un europeo; uno en particular —el brazo extendido, la palma vertical— es típico en la India. Un día me robaron de la litera un manojo de puros, que todavía se podían comprar muy baratos. De forma irreflexiva informé de ello al oficial, y entonces uno de los bribones que ya he mencionado con anterioridad se adelantó y, mintiendo con descaro, dijo que a él también le habían robado veinticinco pesetas de su litera. Por alguna razón, el oficial concluyó de inmediato que el chico de tez morena debía de ser el ladrón. El robo se cas-

tiga duramente en la milicia, y, en teoría, se podía fusilar a la gente por ello. El desgraciado muchacho se dejó llevar al puesto de guardia para que lo registrasen. Lo que más me llamó la atención fue que apenas intentó protestar y defender su inocencia. En el fatalismo de su actitud se podía ver la desesperada pobreza en la que había sido criado. El oficial le ordenó que se quitara la ropa. Con una humildad que me horrorizó, se desnudó, y sus ropas fueron registradas. Huelga decir que no encontraron ni los cigarros ni el dinero; él no los había robado. Pero lo más doloroso de todo aquello fue que él no pareció menos avergonzado una vez establecida su inocencia. Esa noche lo llevé al cine y le di *brandy* y chocolate. Pero también eso fue desagradable; me refiero al intento de borrar un agravio con dinero. Durante unos minutos yo había creído que era un ladrón, y eso no podía borrarse.

Pues bien, unas semanas más tarde, en el frente, tuve problemas con uno de los miembros de mi sección. Para entonces yo era *cabo,* y estaba al mando de doce hombres. Aquello se había convertido en una guerra de trincheras y hacía un frío terrible, de modo que la tarea principal era conseguir que los centinelas permanecieran despiertos y en sus puestos. Un día, un hombre se negó repentinamente a ir a determinada posición, que según él estaba expuesta al fuego enemigo, lo cual era cierto.

Era un individuo débil, así que lo agarré y comencé a conducirlo hacia su puesto. Eso hizo que los demás se indignasen conmigo, porque creo que a los españoles les molesta más que a nosotros que nos pongan las manos encima. Al instante me rodeó un grupo de hombres que gritaban: «¡Fascista! ¡Fascista! ¡Déjalo ir! ¡Este no es un ejército burgués! ¡Fascista!», etc., etc. Lo mejor que pude, en mi mal español, les respondí a gritos que había que obedecer las órdenes, y la pelea se convirtió entonces en una de esas enormes discusiones mediante las cuales, poco a poco, se va forjando la disciplina en los ejércitos revolucionarios. Algunos me daban la razón, otros me la negaban. Pero lo esencial es que quien más efusivamente se puso de mi lado fue el chico de tez morena. Tan pronto como vio lo que ocurría, saltó al medio del corro y comenzó a defenderme con vehemencia. Con su extraño y salvaje gesto indio exclamaba una y otra vez: «*¡No hay cabo como él!*». Más tarde solicitó permiso para cambiarse a mi sección.

¿Por qué me resulta conmovedor este incidente? Porque en circunstancias normales habría sido imposible que se restablecieran los buenos sentimientos entre ese chico y yo. Mis esfuerzos por enmendar la acusación implícita de robo no habrían mejorado la situación, sino que probablemente la habrían empeorado. Uno de los efectos de la vida civilizada y segura es una inmensa hi-

persensibilidad que hace que todas las emociones primarias parezcan algo desagradables. La generosidad es tan dolorosa como la mezquindad, la gratitud, tan odiosa como la ingratitud. Pero en la España de 1936 no vivíamos tiempos normales. Era una época en la que los sentimientos y gestos generosos resultaban más fáciles de lo que suelen ser. Podría relatar una docena de incidentes similares, que no son realmente comunicables pero que están ligados en mi mente a la atmósfera especial de esa época, a las ropas raídas y los carteles revolucionarios de colores alegres, al uso generalizado de la palabra *camarada,* a las canciones antifascistas impresas en papel endeble y vendidas por un penique, a las frases como «solidaridad proletaria internacional», patéticamente repetidas por hombres ignorantes que creían que significaban algo. ¿Podrías albergar sentimientos amistosos hacia alguien y defenderlo en una pelea después de haber sido registrado ignominiosamente ante él, en busca de objetos que se suponía que le habías robado? No, no podrías, a menos que ambos hubieseis pasado por alguna experiencia emocionalmente enriquecedora. Ese es uno de los efectos colaterales de la revolución, aunque en este caso se trataba tan solo del comienzo de una revolución, obviamente condenada al fracaso.

IV

La lucha por el poder entre los partidos del bando republicano es un asunto triste y lejano que no deseo revivir en estas fechas. Solo lo menciono para decirle al lector que no crea nada, o casi nada, sobre los asuntos internos en dicho bando republicano. Todo es, sea cual sea su fuente, propaganda de partido; es decir, mentiras. La gran verdad sobre la guerra es bastante simple: la burguesía española vio la oportunidad de aplastar el movimiento obrero y la aprovechó, ayudada por los nazis y las fuerzas reaccionarias de todo el mundo. Es dudoso que alguna vez pueda demostrarse algo más que eso.

Recuerdo que en una ocasión le dije a Arthur Koestler: «La historia se detuvo en 1936». Y él asintió con la cabeza, entendiendo de inmediato a qué me refería. Ambos pensábamos en el totalitarismo en general, pero sobre todo en la guerra civil española. Siendo ya muy joven me había dado cuenta de que los periódicos nunca informan correctamente de ningún acontecimiento, pero en España, por primera vez, vi noticias periodísticas que no guardaban relación alguna con los hechos; no guardaban ni siquiera la relación implícita en una mentira corriente. Vi cómo se informaba sobre grandes batallas cuando no se había producido ningún combate, y un silencio total cuando cientos de hombres habían

sido asesinados. Vi cómo tropas que habían luchado valientemente eran denunciadas como cobardes y traidoras, y cómo otras que jamás habían oído un disparo eran aclamadas por su heroicidad en victorias imaginarias; y vi cómo los periódicos de Londres vendían estas mentiras y cómo intelectuales entusiastas construían superestructuras emocionales sobre acontecimientos que jamás habían tenido lugar. De hecho, vi que la historia se escribía no en términos de lo que había sucedido sino de lo que debería haber sucedido según las diversas «líneas de partido». Pero todo esto, en cierto modo, por muy horrible que fuera, carecía de importancia. Se refería a cuestiones secundarias, a saber, la lucha por el poder entre la *Komintern* y los partidos de izquierda españoles, y los esfuerzos del gobierno ruso para impedir la revolución en España. Pero la imagen general de la guerra que el gobierno español presentó al mundo no era falsa. Las principales cuestiones eran las que tal gobierno decía que eran. En cuanto a los fascistas y sus partidarios, ¿cómo iban a poder acercarse a la verdad? ¿Acaso podrían mencionar sus verdaderos objetivos? Su versión de la guerra era pura fantasía, y dadas las circunstancias, no podría haber sido de otra manera.

La única línea de propaganda abierta a los nazis y los fascistas era presentarse como patriotas cristianos que salvaban a España de una dictadura rusa. Esto implicaba

fingir que la vida en la España del bando republicano era solo una larga masacre (véanse el *Catholic Herald* o el *Daily Mail*, los cuales de todas formas eran un juego de niños en comparación con la prensa fascista continental), e implicaba también exagerar enormemente la escala de la intervención rusa. Permítaseme que señale tan solo un punto de la gran pila de mentiras acumulada por la prensa católica y reaccionaria de todo el mundo: la presencia en España de un ejército ruso. Todos los fervientes partidarios de Franco creían tal cosa; se estimaba que las fuerzas rusas llegaban al medio millón de efectivos. Pues bien, no había ningún ejército ruso en España. Puede que hubiera unos cuantos aviadores y otros técnicos, unos cientos como máximo, pero no un ejército. De ello fueron testigos algunos miles de extranjeros que lucharon en España, así como millones de españoles. Pero su testimonio no causó impresión alguna en los propagandistas de Franco, ninguno de los cuales había puesto un pie en la España republicana. Al mismo tiempo, esos propagandistas se negaban rotundamente a admitir el hecho de la intervención alemana e italiana, justo cuando la prensa alemana y la italiana se jactaban de las hazañas de sus «legionarios». Menciono solo este punto, pero lo cierto es que toda la propaganda fascista sobre la guerra era de este nivel.

Este tipo de cosas me parece aterrador, porque a menudo tengo la sensación de que el concepto mismo

de verdad objetiva está desapareciendo del mundo. Al fin y al cabo, lo más probable es que esas mentiras, o al menos otras similares, pasen a la historia. ¿Cómo se escribirá la historia de la guerra civil española? Si Franco permanece en el poder, los libros de historia los escribirán sus acólitos y (por atenerme al punto mencionado más arriba) ese ejército ruso que jamás existió se convertirá en un hecho histórico, estudiado por las próximas generaciones de colegiales. Pero supongamos que el fascismo es finalmente derrotado y que en un futuro próximo se restablece algún tipo de gobierno democrático en España; incluso en ese caso, ¿cómo se escribirá la historia de la guerra? ¿Qué archivos habrá dejado Franco tras de sí? Supongamos incluso que los archivos del gobierno republicano son recuperables; aun así, ¿cómo se podrá escribir una verdadera historia de la guerra? Porque, como ya he señalado, el gobierno también recurrió ampliamente a las mentiras. Se podría escribir, desde una perspectiva antifascista, una historia de la guerra que fuese veraz en términos generales; pero sería una historia partidista, poco fiable en todos los detalles. Sea como fuere, se escribirá *algún* tipo de historia, y cuando hayan muerto quienes realmente recuerdan la guerra, esa historia se aceptará universalmente. Entonces, a todos los efectos prácticos, la mentira se habrá convertido en verdad.

Sé que está de moda decir que, de todas formas, casi toda la historia registrada son mentiras. Estoy dispuesto a creer que dicha historia es en su mayor parte inexacta y sesgada, pero lo que es peculiar de nuestra época es el abandono de la idea de que la historia *podría* escribirse con sinceridad. En el pasado, la gente mentía deliberadamente, o coloreaba de manera inconsciente lo que escribía, o luchaba por encontrar la verdad, sabiendo muy bien que cometería inevitablemente muchos errores; pero siempre se creía que «los hechos» existían y eran susceptibles de ser descubiertos. Y en la práctica siempre hubo un conjunto considerable de hechos sobre los que casi todo el mundo podía estar de acuerdo. Si uno busca la historia de la última guerra, por ejemplo, en la *Encyclopædia Britannica,* encontrará que gran parte del material proviene de fuentes alemanas. Un historiador británico y uno alemán podrían disentir profundamente en muchas cosas, incluso en aspectos fundamentales, pero aún existiría ese conjunto de hechos por así decirlo neutrales, sobre los cuales ninguno de los dos historiadores discreparía seriamente del otro. Esta base común de acuerdo, junto con su implicación de que todos los seres humanos formamos parte de una misma especie, es precisamente lo que totalitarismo destruye. De hecho, las teorías nazis niegan específicamente que exista tal cosa como «la verdad». Por ejemplo, no existe la «ciencia»,

sino tan solo la «ciencia alemana», la «ciencia judía», etc. El objetivo implícito de esta corriente de pensamiento es un mundo de pesadilla en el que el Líder, o alguna camarilla gobernante, controla no solo el futuro, sino también el pasado. Si el Líder dice que este o aquel hecho jamás ha tenido lugar, entonces jamás ha tenido lugar. Si dice que dos y dos son cinco, entonces dos y dos son cinco. Esta perspectiva me asusta mucho más que las bombas —y, tras nuestras experiencias de los últimos años, no es esta una afirmación frívola.

Pero ¿es quizá infantil o morboso que uno se aterrorice con imágenes de un futuro totalitario? Antes de descartar el mundo totalitario como una pesadilla que no puede hacerse realidad, recordemos que en 1925 el mundo de hoy habría parecido precisamente eso, una pesadilla irrealizable. Contra ese mundo fantasmagórico y cambiante, en el que el negro puede ser blanco mañana y el tiempo meteorológico de ayer puede cambiarse por decreto, solo hay en realidad dos salvaguardias. Una es que por mucho que niegues la verdad, esta sigue existiendo, por así decirlo, a tus espaldas y, por lo tanto, no puedes atentar contra ella de una manera que perjudique la eficiencia militar. La otra es que mientras algunas partes de la tierra sigan sin ser conquistadas, la tradición liberal podrá mantenerse viva. Dejemos que el fascismo, o posiblemente incluso una combinación de varios fas-

cismos, conquiste el mundo entero, y esas dos condiciones ya no existirán. En Inglaterra subestimamos el peligro de este tipo de cosas, porque nuestras tradiciones y nuestra seguridad pasada nos hacen creer de manera sentimental que al final todo sale bien y que lo que más temes nunca llega a ocurrir. Alentados durante siglos por una literatura en la que la Justicia triunfa invariablemente en el último capítulo, creemos de forma medio instintiva que el mal siempre se destruye a sí mismo a largo plazo. El pacifismo, por ejemplo, se basa en gran medida en esta creencia. No resistas al mal, y este, de alguna manera, causará su propia destrucción. Pero ¿por qué habría de hacerlo? ¿Qué evidencia tenemos de que así sea? Y ¿hay algún caso de un Estado industrializado moderno que haya colapsado sin ser conquistado desde el exterior por una fuerza militar?

Consideremos, por ejemplo, la reinstauración de la esclavitud. ¿Quién podría haber imaginado hace veinte años que la esclavitud regresaría a Europa? Pues bien, ha sido restablecida ante nuestras narices. Los campos de trabajos forzados en toda Europa y el norte de África, donde polacos, rusos, judíos y prisioneros políticos de todas las razas se afanan en la construcción de carreteras o en el drenaje de pantanos a cambio de sus escasas raciones, son pura y simple esclavitud. Lo mejor que se puede decir es que todavía no se permite la compraventa

de esclavos por parte de particulares. En algunos aspectos —como la separación forzosa de las familias—, las condiciones son probablemente peores que en las plantaciones de algodón estadounidenses. Y no hay razón para pensar que esta situación cambiará mientras dure la dominación totalitaria. No comprendemos todo lo que implica tal dominación porque, de forma misteriosa, pensamos que un régimen basado en la esclavitud colapsará *inevitablemente.* Pero vale la pena comparar la duración de los imperios esclavistas de la Antigüedad con la de cualquier Estado moderno. Las civilizaciones basadas en la esclavitud han perdurado durante periodos de hasta cuatro mil años.

Cuando pienso en la Antigüedad, el detalle que me asusta es que esos cientos de millones de esclavos sobre cuyas espaldas descansó la civilización generación tras generación no han dejado tras de sí ningún testimonio. Ni siquiera sabemos sus nombres. En toda la historia griega y romana, ¿cuántos nombres de esclavos conocemos? Se me ocurren dos, o tres como mucho. Uno es Espartaco, y el otro, Epicteto; además, en la sala romana del Museo Británico hay una garrafa de vidrio con el nombre del fabricante inscrito en el fondo, «*Felix fecit*». Tengo una vívida imagen mental del pobre Félix (un galo pelirrojo con un collar de metal alrededor del cuello), pero puede que en realidad no fuese un esclavo; así

que solo conozco con seguridad los nombres de dos esclavos, y no creo que muchos puedan recordar más. El resto de esos esclavos cayó en el más absoluto silencio.

V

La columna vertebral de la resistencia contra Franco la constituyó la clase trabajadora española, sobre todo los afiliados a los sindicatos urbanos. A largo plazo —solo a largo plazo, es importante recordarlo—, la clase trabajadora sigue representando el enemigo más seguro del fascismo, simplemente porque es la que más puede ganar con una reconstrucción decente de la sociedad. A diferencia de otras clases o categorías, no se la puede sobornar permanentemente.

Decir eso no significa idealizar a la clase trabajadora. En la larga lucha que siguió a la Revolución rusa, los derrotados fueron los trabajadores manuales, y es imposible no pensar que fue por su propia culpa. Una y otra vez, en un país tras otro, los movimientos obreros organizados han sido aplastados mediante la violencia abierta e ilegal, y sus camaradas en el extranjero, ligados a ellos por una teórica solidaridad, se han limitado a mirar, no han hecho nada; y a ello subyace el hecho, causa secreta de muchas traiciones, de que entre los trabaja-

dores blancos y los de color ni siquiera hay una solidaridad de boquilla. ¿Quién puede creer en la existencia de un proletariado internacional con conciencia de clase después de los acontecimientos de los últimos diez años? Para los trabajadores británicos, la masacre de sus camaradas en Viena, Berlín, Madrid o dondequiera que fuese parecía tener menos interés e importancia que el partido de fútbol de la víspera. Sin embargo, esto no altera el hecho de que la clase obrera seguirá luchando contra el fascismo después de que los demás hayan cedido. Un rasgo llamativo de la conquista nazi de Francia fue el de las sorprendentes deserciones entre los intelectuales, incluidos algunos miembros de la intelectualidad política de izquierdas. La intelectuales son la gente que más grita contra el fascismo y, sin embargo, una parte considerable de ellos cae en el derrotismo cuando llega la hora de la verdad. Tienen la suficiente visión de futuro como para ver las probabilidades en su contra y, además, pueden ser sobornados, porque es evidente que los nazis creen que vale la pena sobornar a los intelectuales. Con la clase trabajadora ocurre lo contrario. Demasiado ignorante como para darse cuenta de que se la están jugando, se traga fácilmente las promesas del fascismo, pero tarde o temprano siempre retoma la lucha. Tiene que hacerlo, porque los trabajadores siempre descubren en sus propios cuerpos que las promesas del fascismo

no pueden cumplirse. Para ganarse de manera permanente a la clase trabajadora, los fascistas tendrían que elevar el nivel de vida general, algo que no pueden ni probablemente quieren hacer. La lucha de la clase trabajadora es como el crecimiento de una planta. Dicha planta es ciega y estúpida, pero sabe lo suficiente como para seguir empujando hacia la luz, y lo hará por muchos que sean los obstáculos con los que se tope. ¿Por qué luchan los trabajadores? Por una vida digna, pues son cada vez más conscientes de que tal vida es ahora técnicamente posible. Su conciencia de este objetivo experimenta fluctuaciones. En España, durante un tiempo, la gente actuaba de manera consciente, avanzaba hacia un objetivo que deseaba y creía posible alcanzar. Ello explica la curiosa sensación de optimismo que reinaba en la España republicana durante los primeros meses de la guerra. La gente común sabía en lo más profundo de su ser que la República era su amiga, y Franco, su enemigo. Sabían que tenían razón, porque luchaban por algo que el mundo les debía y podía darles.

Hay que recordar esto para contemplar la guerra civil española en su verdadera perspectiva. Cuando uno piensa en la crueldad, la miseria y la inutilidad de la guerra —y en este caso particular, en las intrigas, las persecuciones, las mentiras y los malentendidos—, siempre está tentado de decir: «Los dos bandos son igual de mal-

vados. Soy neutral». En la práctica, sin embargo, uno no puede ser neutral, y difícilmente existe una guerra en la que no importe quién gana. Casi siempre, en mayor o menor medida, un bando defiende el progreso, y el otro, la reacción. El odio que la República española despertaba en millonarios, duques, cardenales, vividores, oficiales militares a la vieja usanza y demás ralea bastaría por sí solo para darnos una idea de cuál era la situación. En esencia era una guerra de clases. Si se hubiera ganado, la causa de la gente común en todas partes habría salido fortalecida. Pero se perdió, y los inversores de todo el mundo se frotaron las manos. Ese era el fondo del asunto; todo lo demás resultaba superficial.

VI

El resultado de la guerra civil española se decidió en Londres, París, Roma, Berlín —no en España, en cualquier caso—. Tras el verano de 1937, quienes tenían ojos en la cabeza se dieron cuenta de que el gobierno no podía ganar la guerra a menos que se produjera un cambio profundo en el escenario internacional, y cuando Negrín y compañía decidieron seguir luchando, quizá lo hicieron en parte porque esperaban que la guerra mundial que terminó estallando en 1939 comenzase en 1938.

La tan publicitada desunión del bando republicano no fue la causa principal de la derrota. Las milicias gubernamentales se formaron apresuradamente, estaban mal armadas y eran poco imaginativas en sus planteamientos militares, pero habrían sido las mismas si hubiera existido un acuerdo político completo desde el principio. Cuando estalló la guerra, el típico obrero fabril español ni siquiera sabía disparar un fusil —en el país nunca había existido el servicio militar obligatorio—, y el pacifismo tradicional de la izquierda era un gran obstáculo. Los miles de extranjeros que combatieron en España formaban una buena infantería, pero había muy pocos expertos de cualquier tipo entre ellos. La tesis trotskista de que se podría haber ganado la guerra si la revolución no hubiese sido saboteada es probablemente engañosa. Nacionalizar fábricas, demoler iglesias y publicar manifiestos revolucionarios no habría hecho que los ejércitos fuesen más eficientes. Los fascistas ganaron porque eran los más fuertes; ellos tenían armas modernas, y el otro bando no. Ninguna estrategia política podría compensar eso.

Lo más desconcertante de la guerra civil española fue el comportamiento de las grandes potencias. En realidad, Franco salió victorioso gracias a los alemanes y los italianos, cuyos motivos eran bastante obvios. Los motivos de Francia y Gran Bretaña, en cambio, no son tan

fáciles de entender. En 1936 todo el mundo tenía claro que si Gran Bretaña ayudaba al gobierno español, aunque solo fuera con unos pocos millones de libras en armas, Franco se derrumbaría y la estrategia alemana quedaría gravemente trastocada. Por entonces no hacía falta ser muy clarividente para prever que se avecinaba una guerra entre Gran Bretaña y Alemania; incluso se podía predecir que llegaría en uno o dos años, como muy tarde. Sin embargo, de la manera más mezquina, cobarde e hipócrita, la clase dirigente británica hizo todo lo que pudo para entregar España a Franco y los nazis. ¿Por qué? Porque era profascista, fue la respuesta obvia. Sin duda lo era, pero cuando llegó el momento decisivo decidió hacer frente a Alemania. Todavía es incierto qué plan siguió para respaldar a Franco, y es posible que no tuviera en absoluto ningún plan claro. De hecho, una de las cuestiones más difíciles de nuestro tiempo, y, en ciertos momentos, una muy importante, es si la clase dirigente británica es perversa o simplemente estúpida. En cuanto a los rusos, sus motivos en relación con la guerra civil española son completamente inescrutables. ¿Intervinieron en España, como creían los izquierdistas, para defender la democracia y frustrar a los nazis? Entonces, ¿por qué intervinieron a una escala tan mezquina y dejaron finalmente a España en la estacada? ¿O, como sostenían los católicos, intervinieron para fomentar la re-

volución en el país? Si es así, ¿por qué hicieron todo lo que estuvo a su alcance para aplastar los movimientos revolucionarios españoles, defender la propiedad privada y entregar el poder a la clase media, en contra de la clase trabajadora? ¿O intervinieron, como sugirieron los trotskistas, simplemente para impedir una revolución española? Es ese caso, ¿por qué no apoyaron a Franco? De hecho, la conducta de los rusos se explica más fácilmente si asumimos que actuaban por varios motivos contradictorios. Creo que en el futuro terminaremos percibiendo que la política exterior de Stalin, en lugar de ser tan diabólicamente inteligente como se dice, ha sido tan solo oportunista y estúpida. Sea como fuere, la guerra civil española demostró que los nazis sabían lo que hacían y sus oponentes no. La guerra se libró a un nivel técnico bajo, y su estrategia principal era muy simple. El bando que tuviera armas ganaría. Los nazis y los italianos dieron armas a sus amigos fascistas españoles, y las democracias occidentales y los rusos no hicieron lo propio con quienes deberían haber sido sus amigos. De modo que la República española pereció, tras haber «logrado lo que ninguna república echó en falta».[6]

Es difícil saber si fue justo alentar a los españoles, como sin duda hicieron todos los izquierdistas de otros

6. Verso del poema de Robert Browning «Apparent Failure».

países, a seguir luchando cuando no podían ganar. Yo mismo creo fue lo correcto, porque pienso que, incluso desde el punto de vista de la supervivencia, es mejor luchar y ser derrotado que rendirse sin luchar. Aún no es posible evaluar los efectos que ello tuvo en la gran estrategia de la lucha contra el fascismo. Los harapientos y desarmados ejércitos de la República resistieron durante dos años y medio, más sin duda de lo que esperaban sus enemigos. Pero todavía no está claro si ello alteró la agenda fascista o si, por el contrario, simplemente pospuso la guerra principal y dio a los nazis más tiempo para poner a punto su maquinaria bélica.

VII

Siempre que pienso en la guerra civil española me vienen a la mente dos recuerdos. Uno es el del hospital de Lérida y las voces un tanto tristes de los milicianos heridos que cantaban una canción cuyo estribillo decía:

Una resolución,
¡Luchar hasta el fin!

Pues bien, lucharon hasta el fin. Durante los últimos dieciocho meses de la guerra, los ejércitos republi-

canos debieron luchar casi sin cigarrillos y con muy poca comida. Ya cuando salí de España a mediados de 1937 escaseaban la carne y el pan, el tabaco era una rareza y resultaba casi imposible conseguir café y azúcar.

El otro recuerdo es el del miliciano italiano que me estrechó la mano en el puesto de guardia el día que me uní a la milicia. Escribí sobre este hombre al principio de mi libro sobre la guerra civil española,[7] y no deseo repetir lo que dije allí. Cuando recuerdo —¡cuán vívidamente!— su uniforme raído y su rostro fiero, conmovedor e inocente, parecen desvanecerse las complejas cuestiones secundarias de la guerra, y veo con claridad que cabían pocas dudas sobre quién tenía razón en aquel conflicto. A pesar de la política de la fuerza y de las mentiras periodísticas, el asunto central de la guerra fue el intento de personas como esta de lograr la vida digna a la que sabían que tenían derecho por nacimiento. Cuesta pensar en el probable final de ese hombre en particular sin experimentar varios tipos de amargura. Dado que lo conocí en los Barracones Lenin, probablemente era trotskista o anarquista, y lo cierto es que, en las peculiares circunstancias de nuestro tiempo, a las personas de ese tipo, si no las mata la Gestapo, suele matarlas la GPU.[8] Pero eso

7. *Homenaje a Cataluña.*

8. La GPU o Directorio Político del Estado fue la policía secreta soviética que sucedió a la Checa en 1922.

no afecta a las cuestiones a largo plazo. El rostro de ese hombre, que vi solo durante uno o dos minutos, permanece conmigo como una especie de recordatorio visual de lo que realmente fue la guerra. Para mí, él simboliza la flor y nata de la clase obrera europea acosada por la policía de todos los países, la gente que llenó las fosas comunes de los campos de batalla españoles y que hoy se cuenta por millones que se pudren en campos de trabajos forzados.

Cuando uno piensa en todas las personas que apoyan o han apoyado el fascismo, se sorprende de su diversidad. ¡Vaya tropa! ¡Imaginemos un programa político que, al menos por un tiempo, ha sido capaz de reunir en el mismo barco a Hitler, Pétain, Montagu Norman, Pavelic, William Randolph Hearst, Streicher, Buchman, Ezra Pound, Juan March, Cocteau, Thyssen, el padre Coughlin, el gran muftí de Jerusalén, Arnold Lunn, Antonescu, Spengler, Beverley Nichols, Lady Houston y Marinetti! Pero la clave es realmente muy simple: todos ellos son personas que tienen algo que perder, o que anhelan una sociedad jerárquica y temen la perspectiva de un mundo de seres humanos libres e iguales. Detrás de todo el ruido sobre la Rusia «atea» y el «materialismo» de la clase trabajadora se esconde el simple afán de los ricos y privilegiados por conservar lo que poseen. Lo mismo vale, aunque contiene una ver-

dad parcial, para todo el ruido sobre la inutilidad de una reconstrucción social que no vaya acompañada de un «cambio de mentalidad». Los piadosos, desde el Papa hasta los yoguis de California,[9] son grandes partidarios de los «cambios de mentalidad», mucho más importantes desde su punto de vista que un cambio en el sistema económico. Pétain atribuye la caída de Francia al «amor a los placeres» albergado por la gente común. Podemos ver esto desde la perspectiva correcta si nos preguntamos cuánto placer tenía la vida de un campesino o un obrero francés corriente en comparación con la de Pétain. ¡Qué maldita impertinencia la de esos políticos, sacerdotes, literatos y demás que sermonean al obrero socialista por su «materialismo»! Todo lo que el trabajador exige es eso que ellos consideran el mínimo indispensable para una vida humana: suficiente comida, liberarse del miedo al desempleo, saber que sus hijos tendrán las mismas oportunidades que los demás, un baño una vez al día, sábanas limpias con frecuencia razonable, un techo sin goteras y una jornada laboral que no sea tan larga como para dejarlo sin energía. Ninguno de los que predican contra el «materialismo» consideraría la vida viable sin estas cosas. ¡Y con qué facilidad se podría al-

9. En referencia quizá a Gerald Heard, Aldous Huxley y Christopher Isherwood entre otros, quienes se habían establecido en California y habían desarrollado un interés por el hinduismo.

canzar ese mínimo si decidiéramos dedicarnos a ello durante apenas dos décadas! Elevar el nivel de vida del mundo entero al de Gran Bretaña no sería una empresa mayor que esta guerra que hoy libramos. No pretendo decir, ni sé de quién lo haga, que eso resolvería algo por sí solo. Se trata simplemente de que es necesario abolir las privaciones y el trabajo brutal antes de que podamos afrontar los verdaderos problemas de la humanidad. El principal problema de nuestro tiempo es la decadencia de la fe en la inmortalidad personal, y no se lo puede abordar mientras el ser humano común trabaje penosamente como una mula o viva con terror a la policía secreta. ¡Cuán acertado es el «materialismo» de las clases trabajadoras! ¡Qué razón tienen cuando constatan que el estómago viene antes que el alma, no en la escala de valores sino en el tiempo! Si se comprende esto, el largo horror que soportamos hoy se volverá al menos inteligible. Todas las consideraciones que pueden hacernos vacilar —los cantos de sirena de un Pétain o un Gandhi, el hecho ineludible de que para luchar hay que degradarse, la ambigua posición moral de Gran Bretaña, con su palabrería democrática y su imperio culí,[10] el siniestro

10. El término *culí* era empleado por los colonos ingleses de la India y China para referirse a los trabajadores o criados nativos, y se usaba asimismo para designar al trabajador de origen oriental.

desarrollo de la Rusia soviética, la sórdida farsa de la política izquierdista—, todo ello se desvanece y solo se ve ya la lucha de la gente común que poco a poco va despertando, su lucha contra los amos de la propiedad y contra los embusteros y aduladores que tienen a sueldo. La cuestión es muy sencilla: ¿se permitirá o no que la gente como el soldado italiano tenga una vida digna y plenamente humana, lo cual es hoy técnicamente posible? ¿El hombre común será empujado de nuevo al barro o no? Yo mismo creo, quizá sin suficiente fundamento, que el hombre común ganará su lucha tarde o temprano; pero quiero que sea más temprano que tarde —digamos en algún momento de los próximos cien años, y no de los próximos diez milenios—. Esa es la verdadera cuestión de la guerra civil española, y de la guerra actual, y tal vez de otras guerras por venir.

Nunca volví a ver al miliciano italiano, y ni siquiera sé su nombre. Casi puede darse por hecho que está muerto. Unos dos años después de encontrármelo, cuando la guerra estaba ya claramente perdida, escribí estos versos en su memoria:

El soldado italiano me dio la mano
junto a la mesa del puesto de guardia;
Una mano fuerte y una delicada
Se estrecharon como solo lo hacen

Cuando suenan las armas,
¡Pero, oh, qué paz sentí entonces
Al contemplar su rostro maltratado,
Más puro que el de cualquier mujer!

Porque aquellas proclamas que hoy me repugnan
Todavía parecían sagradas a sus oídos,
Y él nació sabiendo lo que yo aprendí
En los libros y lentamente.

Las armas traicioneras habían hablado
Y ambos respondimos a su llamada,
Pero aquel oropel estaba hecho de oro,
¡Oh! ¿Quién lo hubiera pensado?

¡Buena suerte, soldado italiano!
Pero la suerte no es para los valientes;
¿Qué te ha dado a ti el mundo?
Siempre menos de lo que tú le diste.

Entre la oscuridad y el espectro,
Entre el blanco y el rojo,
Entre la bala y la mentira,
¿Dónde hallarías refugio?

Porque ¿dónde está Manuel González?
¿Dónde Pedro Aguilar?
¿Y dónde Ramón Fenellosa?
Los gusanos lo saben.

Tu nombre y tus actos fueron olvidados
Antes de que tus huesos se secaran,
Y la mentira que te mató está enterrada
Bajo una mentira más profunda;

Pero ningún poder puede privarte
De lo que yo vi en tu cara:
Ninguna bomba que haya estallado jamás
destroza el espíritu cristalino.[11]

11. *The Italian soldier shook my hand / Beside the guard-room table; / The strong hand and the subtle hand / Whose palms are only able*

To meet within the sound of guns, / But oh! what peace I knew then / In gazing on his battered face / Purer than any woman's!

For the flyblown words that make me spew / Still in his ears were holy, / And he was born knowing what I had learned / Out of books and slowly.

The treacherous guns had told their tale / And we both had bought it, / But my gold brick was made of gold – / Oh! who ever would have thought it?

Good luck go with you, Italian soldier! / But luck is not for the brave; / What would the world give back to you? / Always less than you gave.

Between the shadow and the ghost, / Between the white and the red, / Between the bullet and the lie, / Where would you hide your head?

For where is Manuel Gonzalez, / And where is Pedro Aguilar, / And where is Ramon Fenellosa? / The earthworms know where they are.

Your name and your deeds were forgotten / Before your bones were dry, / And the lie that slew you is buried / Under a deeper lie;

But the thing that I saw in your face / No power can disinherit: / No bomb that ever burst / Shatters the crystal spirit.

OCHO AÑOS DEL COMIENZO DE LA GUERRA: RECUERDOS DE ESPAÑA

The Observer, 16 de julio de 1944

El próximo viernes se cumplen ocho años del comienzo de la guerra civil española, preámbulo de la lucha actual y uno de los acontecimientos más trágicos y sórdidos que haya vivido la Europa moderna.

La guerra española se decidió fuera de España, y un año después de su inicio los observadores realistas supieron que el gobierno electo no podía ganar a menos que se produjera un cambio radical en la situación europea. En la primera fase del conflicto, que duró poco menos de un año, la lucha fue fundamentalmente la de los soldados profesionales y los moros de Franco contra las milicias de campesinos y trabajadores fabriles formadas de manera apresurada.

En esa fase, los éxitos militares estuvieron más o menos igualados y ningún objetivo de primer orden cambió de manos.

Pero Franco era reforzado a gran escala por las Potencias del Eje, mientras que el gobierno español solo

recibía esporádicos envíos de armas de la Rusia soviética y la ayuda de unos pocos miles de voluntarios extranjeros, en su mayoría refugiados alemanes. En junio de 1937, la resistencia de los vascos se derrumbó, y la correlación de fuerzas se inclinó fuertemente en contra del gobierno.

En el ínterin, sin embargo, el gobierno había sofocado el desorden revolucionario de los primeros días, atenuado las luchas entre facciones y adiestrado a sus fuerzas. A principios de 1938 contaba con un ejército formidable, capaz de luchar durante los doce meses que durarían los suministros de alimentos.

El Dr. Negrín y los demás integrantes del gobierno español probablemente se dieron cuenta de que no podían ganar por sus propios esfuerzos, pero tenían razones para seguir luchando, ya que la perspectiva política en Europa aún era susceptible de cambiar: la guerra mundial, cuya inminencia era evidente, podía estallar en 1938; el gobierno británico podía abandonar su política de no intervención.

Nada de eso ocurrió y, hacia finales de 1938, los rusos retiraron su ayuda. La España republicana llevaba mucho tiempo padeciendo escaseces, pero ahora se moría de hambre.

Cuando las fuerzas fascistas se adentraron en Cataluña, hordas de refugiados ametrallados por aviones

italianos huyeron a Francia, donde fueron encerrados detrás de alambradas tan pronto como llegaron.

A principios de 1939, Franco entró en Madrid y utilizó su victoria con la máxima crueldad. Se suprimieron todos los partidos políticos de izquierda, e innumerables personas fueron ejecutadas o encarceladas. Si los informes recientes son ciertos, medio millón de personas, es decir, el dos por ciento de la población española, se encuentra todavía en campos de concentración.

La historia es repugnante, debido al sórdido comportamiento de las grandes potencias y la indiferencia del mundo en general. Los alemanes e italianos intervinieron en el conflicto con el objetivo de aplastar la democracia española, apoderarse de un importante punto estratégico para la guerra venidera y, de paso, probar sus aviones bombarderos sobre poblaciones indefensas.

Los rusos enviaron una pequeña cantidad de armas y, mediante la extorsión, obtuvieron a cambio el máximo control político. Los británicos y los franceses simplemente miraron para otro lado mientras sus enemigos triunfaban y sus amigos eran destruidos. La actitud británica es la más difícil de perdonar, porque fue tan estúpida como deshonrosa.

Desde el principio resultó obvio que cualquier país extranjero que suministrara armas al gobierno español podía controlar o al menos influir en su política. Pero

los británicos prefirieron dejar que Franco y Hitler se hicieran con la victoria y que, al mismo tiempo, Rusia y no Gran Bretaña se ganara el afecto y la gratitud del pueblo español.

Durante un año o más, el gobierno español estuvo efectivamente bajo control ruso, sobre todo porque Rusia fue el único país que acudió al rescate. El crecimiento del Partido Comunista español, de unos pocos miles de afiliados a un cuarto de millón, fue obra directa de los conservadores británicos.

Ha habido una fuerte tendencia a ocultar estos hechos e incluso afirmar que la hostil «neutralidad» de Franco es un triunfo de la diplomacia británica. Pero la verdadera historia de la guerra civil española debería tenerse siempre presente como una lección objetiva sobre la locura y la mezquindad de la política basada en la fuerza. De hecho, nada redime esa historia salvo el coraje de los combatientes de ambos bandos y el aguante de la población civil de la España republicana, que durante años soportó hambre y penurias que nosotros no hemos conocido ni en los peores momentos de la actual guerra.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

Al-Husayni, Amin, gran mufti de Jerusalén, 128
Antonescu, Ion, 128

Borkenau, Franz, 53
Brailsford, H. N., 40
Brockway, Fenner, 11, 35

Charlesworth, Amy, 49
Chesterton, G. K., 50
Cocteau, Jean, 128

Dawson, Christopher, 50

Epicteto, 118
Espartaco, 118

Franco, Francisco, 20, 22-23, 25, 27, 29-31, 38, 48, 82, 87-88, 91-92, 94, 113-114, 119, 121, 123-125, 135, 137-138

Gandhi, Mahatma, 130
Garvin, James Louis, 20, 99
Gollancz, Victor, 56, 59
Gorer, Geoffrey, 55

Halifax, conde de, 105
Hearst, William Randolph, 128
Hitler, Adolf, 22, 29, 48, 128, 138
Houston, Lady, 128

Koestler, Arthur, 9, 111

Largo Caballero, Francisco, 30
Lewis, Percy Wyndham, 21
Lunn, Arnold, 99, 128

March, Juan, 128
Marinetti, Filippo Tommaso, 128
Maxton, James, 58
McNair, John, 11, 63
Miller, Henry, 11
Mussolini, Benito, 22

Negrín, Juan, 122, 136
Nichols, Beverley, 128
Nin, Andreu, 43-44, 46
Norman, Montagu, 128

O'Shaughnessy, Eileen, 12

Pavelic, Ante, 128
Pétain, Philippe, 128-130
Pollitt, Harry, 11, 62
Pound, Ezra, 128
Pozas, general, 84

Sitwell, Edith, 59
Spengler, Oswald, 128
Stalin, Iósif, 125
Strachey, John, 62
Streicher, Julius, 128

Thyssen, Hans Heinrich von, 128
Trotski, Lev, 29

ESTA PRIMERA EDICIÓN
DE «LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA»,
DE GEORGE ORWELL
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EN BARCELONA
EN EL MES DE FEBRERO
DE 2025

Reunimos en este volumen los principales escritos que, junto a su clásico *Homenaje a Cataluña,* George Orwell dedicó a la guerra civil española, contienda en la que participó brevemente, durante cerca de seis meses, y que dejó una huella indeleble en su compromiso político y su literatura. No en vano, la experiencia de la lucha contra el fascismo y de la represión en el bando republicano marcó toda su producción escrita posterior, en especial sus célebres *Rebelión en la granja* y *1984,* tal como él mismo subrayó en *Por qué escribo:* «La guerra en España y otros sucesos de 1936-1937 inclinaron la balanza, y desde entonces sé cuál es mi posición. Cada renglón de mis textos serios desde 1936 ha sido escrito, directa o indirectamente, contra el totalitarismo».

9 788412 818789

www.paginaindomita.com